

Criaturas del corazón

Miguel Terry Valdespino (La Habana, 1963). Periodista. Narrador, dramaturgo y poeta. Miembro de la UPEC y de la UNEAC. Ha publicado, entre otras, las piezas teatrales *Ángeles y cenizas*, *Laberinto de lobos*, *Los duros pierden como Humphrey Bogart*, *La piedra en la boca*, *Páginas finales de la náusea*, *Los verdugos*, *Matar a un hombre* y *La noche del hombre mono*. También las novelas *Ajuar de guerra* y *Silvestre el conquistador*; los libros de cuentos *No me hables de la ira* y *La conga rusa*; y el poemario *Poemas al pie de las cenizas*. Todos por el sello editorial Unicornio. También junto a Francisco García González realizó la antología *Escribas en el estadio* en el 2007 y junto a Cecilia Valdés Sagué la antología *Lavar y ser feliz*. Ha recibido, entre otros, los premios Waldo Medina, Ciudad de Gerona; en dos ocasiones el Félix Pita Rodríguez y el Razón de ser. Todos en narrativa. También los premios Regino Boti y La puerta de papel en teatro. Su obra ha sido galardonada en cinco ediciones del concurso internacional Casa de Teatro, en República Dominicana. Su relato *Las lecciones del vampiro* mereció la Primera Mención en el Concurso Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar (1999). También su novela *Carne de cambio* obtuvo la Primera Mención del Concurso Internacional Plaza Mayor (2003). Por el conjunto de su obra literaria mereció el premio La Pupila Insomne en 2006. Su libro *Poemas al pie de las cenizas* obtuvo el obtuvo el Premio Rubén Martínez Villena (2014) que otorga la UNEAC de Artemisa.

Índice

I. FABULANDO CON LOS ESCRIBAS	7
De Jordán para Rulfo: la voz a ti debida.....	8
Con(cierto) maestro	11
El Bolígrafo y La Voz	17
Como la propia respiración.....	20
¿Provinciano?.....	25
Sñador en la Avenida Dayton Hedges.....	32
Del miedo al pánico: Las derrotas	34
El sonriente Borges que nos acompaña.....	39
Colgando del miedo humano	43
El mundo que una vez rompimos.....	47

II. EL JUEGO NO SE TERMINA.....	57
El sueño no fue tan largo...pero fue	58
Mientras pienso en el río Pessoa.....	63
El acto inútil de borrar ciertos nombres.....	67
Un hombre vestido de oscuro y un relámpago feliz	72
El monstruo de la hora cero	76
Changa y Huelga. La tarde bocarriba	80

Criaturas del corazón

MIGUEL TERRY VALDESPINO



—Está bien, compadre, tienes razón... Pero nunca vayas a confiar en uno de esos carros rusos. Los viejos carros americanos son mejores. Te lo digo de verdad. Hazme caso.

—¡Changa! —Lázaro Martínez ríe sin comprender nada.

—¡Huelga! —dice Changa enigmático y levanta su barbilla partida en dos en dirección al banco de tercera base.

Criaturas del corazón

Edición: Ana Margarita Valdés Castillo

Corrección: Ismarys Pérez Suárez

Emplane: Noel Pérez García

Imagen de cubierta: Karol William Pérez Zambrano

Diseño de cubierta: Natalia Urquía Linares

© Miguel Terry Valdespino, 2025

© Sobre la presente edición:

Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959- 218-538-8

Editorial Unicornio.

Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa

Calle 48 No. 2701 / 27 y 29. Artemisa

*Tanto José Antonio Huelga Ordaz como Santiago Mederos Iglesias fallecieron en lamentables accidentes de tránsito. El primero, el 4 de julio de 1974; el segundo, el 15 de enero de 1979. Ambos en carreteras habaneras. Vivieron de modos distintos, lanzaron con brazos distintos, pero murieron de modo muy semejante... y es muy posible que hayan ascendido a la gloria de manera idéntica.

hasta se incendian”, grita el policía. Los gritos del chofer muerto se vuelven más escalofriantes. Vienen por fin los patrulleros en ayuda del policía. Intentan gritar, pero solo cantan: ¡Eh, malembe, Azucareros no se rinde ni se vende, malembe...!

Huelga siente en el hombro una mano y escucha la voz de Lázaro Pérez. “Levántate, cabrón, que Changa ya va a salir”. Huelga suspira, se sienta, respira hondo. ¡Qué pesadilla! ¡Qué manera de soñar mierda y violencia!

Changa ha completado su ceremonia de maquillaje. El zurdo de oro ya está listo. ¡Que ruja entonces el Sandino! Toma aire. El telón va a abrirse. Pero se detiene un segundo en la entrada del dogaut al ver acercarse al trote a Lázaro Martínez, el receptor titular industrialista.

—Huelga ya refrescó la mona. Después que salgas tú, saldrá él —informa Lázaro mientras golpea con la diestra, sin detenerse, el centro de la mascota—. Así que ya lo sabes: ganarle este jueguito, mi socio, va a ser de padre y señor mío.

El rostro de Changa se ensombrece por un minuto.

—¿Qué te pasa? ¿Estás preocupado? —pregunta Lázaro Martínez con los ánimos muy arriba— Tú sabes cómo es la historia: si liquidas bien el primero y el segundo inning, en el resto del juego no habrá peligros.

—Uno siempre está en peligro, Lázaro, ¡siempre!... Y no digas que Huelga refrescó la mona. Cualquiera se queda dormido.

—Conque dormido, ¿no? —No puede evitar reírse Lázaro Martínez— De esa manera tú nunca te has quedado dormido.

Changa sonríe. Si su receptor lo afirma...

*Para María Fernanda, Rafaela, María,
Marisol, Clara Isabel, Amanda, Ivis Laura...,
el ancho matriarcado de todos mis soles.*

I FABULANDO CON LOS ESCRIBAS

*Los verdaderos escritores son aquellos que quieren escribir;
necesitan escribir, tienen que escribir”.*
ROBERT PENN WARREN

siente la emoción del estadio ni a los negros sudorosos y energizados del Rincón Caliente de Cruces, quienes, a ritmo de conga, llegaron desde el distante poblado y ahora apachurran los tambores en las gradas cercanas a la tercera base: ¡Eh, malembe!, ¡eh malembe!, Azucare-ros no se rinde ni se vende, malembe... Tríquiti prácata, tríquiti prácata... Todo se cierra de un tirón. Ya no existe el estadio.

Ahora el Sandino es una carretera extensa y nublada sobre la cual cae la lluvia y los autos van más lentos. Autos que se detienen en firme cuando un policía protegido por una capa de agua, junto a varios patrulleros motorizados, indican a los choferes desviarse a la izquierda, con cuidado, porque a la derecha, metido en la cuneta, yace un auto, un auto de marca indescifrable hecho añicos, con el cuerpo del conductor destrozado. Pero el muerto se asoma de pronto por la ventanilla y pide auxilio con unos gritos muy largos, y al conductor de uno de los autos detenidos le parece que ha escuchado su propia voz y siente que debe auxiliarse, porque nadie abandona a su propio cuerpo y se va por ahí, como si su cuerpo, el único cuerpo que jamás tendrá, le importara un comino.

El conductor se desespera, baja a la calle, intenta llegar a la cuneta para auxiliar a su propio cuerpo, pero el policía se interpone con firmeza. Se empujan, golpean, intercambian insultos, resbalan sobre el pavimento... “Ese soy yo, policía”, jadea el conductor. “Sí, claro que es usted, ciudadano. Pero no se parece a usted. Y si no se parece a usted, pues entonces no es usted”. Vuelven a empujarse, resbalan. “Nadie tiene la culpa de que estos carros rusos siempre se estén accidentando, a veces

(plagadas de olvidos involuntarios, desmemorias voluntarias e imprecisiones imperdonables) y anécdotas de veteranos que compartieron con ellos dolor y glorias, pero que no vivirán eternamente para seguir las contando.

Quedaron como recuerdos más sonoros de ambos un torneo internacional mediocre (ya extinto) y un estadio habanero de segunda que, echando mano a los nombres del espirituario y el habanero intentaron rendirles homenaje perdurable. Un síntoma que puede ser terrible, al menos en la literatura, pues según afirma el escritor peruano Julio Ortega, cuando el nombre de un escritor bautiza un concurso o una fundación (o el de un pelotero bautiza un torneo o un estadio, supongo) su segunda y definitiva muerte es inevitable.

Siempre que disfruto las nítidas imágenes en blanco y negro en las que Babe Ruth, *El Bambino de Oro*, dejó grabada su historia como monstruo número uno del Yankee Stadium, pienso con nostalgia en las tantas imágenes beisboleras criollas que terminaron siendo pasto del olvido, las tijeras, las llamas, el calor, el paso del tiempo, el abandono, la crisis económica... y sabrá Dios de qué otras cosas tristes.

Si pudiéramos ver ahora más que unas fugaces imágenes de Huelga y Changa en la lomita (y fuera de ella, ¿por qué no?) sería como volver a ventilar nuestra memoria... o nuestra desmemoria, que gusta echar pesada tierra sobre escritores, artistas, científicos... peloteros que abandonaron este mundo y también sobre algunos que todavía no lo han abandonado.

El sopor del mediodía vuelve lenta la tarde que alumbra y castiga el Sandino. Huelga ya no la siente. Tampoco

De Jordán para Rulfo: la voz a ti debida

A mis alumnos del Taller Literario suelo explicarles que la apropiación de textos ajenos (textos casi siempre venerados por el autor del “robo”) es un acto completamente legítimo que aprendimos de nuestro novelista mayor, Miguel de Cervantes, y que un trecho muy largo va del plagio vulgar y desmadrado a la legítima intertextualidad.

Sin que hubiera transcurrido mucho tiempo desde aquellas charlas con los futuros escritores, un buen amigo y teatrista, Juan José Jordán, decidió poner en mis manos su pieza de teatro *Cuando los muertos hablan*, finalista del III Concurso Nacional de Dramaturgia Virgilio Piñera, en la cual el autor peca también por entrar a saco en un texto ajeno, en este caso la novela *Pedro Páramo*, propiedad memorable del escritor mexicano Juan Rulfo, para construir un universo propio, de clara resonancia insular, criolla, cubana.

Recuerdo que en tiempos pasados, cuando entonces era mi profesor en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana y no tenía aún tantos premios a cuesta, el novelista Daniel Chavarría confesó que, por espacio de varios meses de su vida, solo tuvo deseos de leer y releer sin pausa una sola novela, *Cien años de soledad*, porque solamente ella era capaz de mirar el corazón de nuestros pueblos con la certeza de un microscopio. Novela que, dicho sea de paso, jamás hubiera sido escrita si no la hubiesen antecedido los monstruos sureños de William Faulkner y, por supuesto, la obra maestra de Rulfo,

a quien García Márquez veneraba como a un sabio o como un padre literario.

Juan José Jordán también cayó de bruces, más que de rodillas, ante la pieza narrativa del jalisciense, seleccionada por los críticos del diario español *El País* como la grande de la lengua castellana en el siglo xx.

Pero, ¿qué vio Jordán en una novela que ya tiene las canas de más de medio siglo? Lo vio todo, absolutamente todo. Respiró su profundo discurso lírico (a pesar de su atmósfera mugrienta, *Pedro Páramo* es una novela escandalosamente lírica) y se sintió en deuda con ese espanto genial, continental, americano, que es Comala, un pueblo aparentemente muerto por donde cruza, mientras huye hacia “el Norte brutal y revuelto”, el protagonista de *Cuando los muertos hablan*, el joven Juan Diego, cubano en el camino del exilio, y también depositario de un legítimo amor hacia la tradición del Día de los Muertos en México.

En este mítico pueblo, adonde Juan Diego ha llegado, la muerte es de cuerpo y alma. La muerte es total. Alguna vez sus habitantes estuvieron vivos, pero perdieron el concepto del placer y la esperanza de encontrar un camino hacia la luz y ahora solo susurran, hechos sombras, un extenso calvario de derrotas.

En Comala nadie supo llevar una brújula en la voz y en el pecho, no hubo dios que encontrara el norte, el prójimo existió solo como error, nadie supo amar... y lo que es peor: nadie parece recordar si valía la pena saberlo... Están condenados. Y están malditos, metidos en un viaje hacia ninguna parte, igual que hace medio siglo, cuando Rulfo los hizo “nacermorir” a la sombra de un cacique

Panamá 70. Y fue el primero en Cuba en arribar a la cifra de 1000

Huelga no creyó en submarinos ni samuráis japoneses y decidió sepultarlos (2x0, con un solitario hit) en el mismo centro de Managua, en el Mundial de 1972, donde los nipones debutaron chapeando bajito. En la Serie Nacional de ese mismo año no creyó en un dolor en la pierna que lo mantuvo alejado del entrenamiento durante varios días, pidió la bola a Servio, se trepó a la colina en el último juego del *play off* contra Mineros y liquidó a los orientales (2x0) con solo 97 lanzamientos. Changa...

Para qué seguir. Son las glorias de nunca acabar. El listón de salto puesto siempre cada vez más arriba por dos de los mejores ejemplares del béisbol criollo, por dos hombres que brillaron en lo que el novelista Leonardo Padura ha llamado “la pelota romántica”, dos ejemplares siempre presentes en cualquier lista encargada de señalar a los 100 mejores peloteros cubanos de todos los tiempos. A Huelga le bastarían veintiséis años para escribir la novela de su vida, Changa necesitaría treinta y cuatro. Casi nada. Los que mueren jóvenes...^{*} De ti no habrá quien se olvide, seguramente le dijeron muchas veces a Huelga.

De ti no habrá quien se olvide, seguramente le dijeron muchas veces a Changa.

“Y, sin embargo, chico, de Changa se habla poco”, confesó recientemente, en un documental televisivo, el ex receptor Lázaro Martínez. ¿Y de El Jabao? ¿Cuánto se habla... o no se habla? Quedan fugaces instantes televisivos, salvados milagrosamente, un puñado de fotos, un par de canciones de homenaje, las guías de béisbol

categoría del béisbol planetario. Aunque no constituya récord absoluto esta hazaña del espirituano, pues, además de no haberla realizado en un partido oficial, juran los cronistas Héctor *El Tigre* Miranda y Reinier González y el estadístico Arnelio Álvarez que, desde la lomita criolla, en partidos oficiales, estuvieron lanzando “serpentina”, por espacio de también de 20, el desconocido matancero Roberto Domínguez y los conocidos Mario Véliz y Félix Núñez, de los equipos Villa Clara y Las Tunas, respectivamente.

Changa y Huelga, como los grandes saltadores, siempre intentaron elevar lo más posible la altura del listón a saltar: los 20 innings de Huelga parecen insuperables en una época donde ya los lanzadores casi nunca sobrepasan los 100 envíos por juego; la curva de Changa también será insuperable, sobre todo si pensamos que tirar curvas casi se ha convertido en un pecado capital no aconsejable... y, aunque se continuarán tirando a mansalva, también sería insuperable la del zurdo más estelar de los Industriales.

Huelga dejó en su actuación de siete temporadas en Series Nacionales un Promedio de Carreras Limpias de 1.50, el mejor de todos hasta hoy, récord que tampoco será superado, porque sería un acontecimiento de otra galaxia lanzar, como promedio, para menos de dos anotaciones por partido a lo largo de toda una carrera en el box.

Changa ponchó en una noche de 1969, por puro gusto, a 20 camagüeyanos en un campeonato insular y acumuló a lo largo de ese año un total de 208 (récord que, curiosamente, duró 32 años) y después a 21 mexicanos, en un partido en un partido de los Centroamericanos de

impune y retardatario. Comala es también un círculo del infierno. Y Jordán tiene constancia de esta mala noticia.

La apropiación de J.J.J es, sin dudas, tan encomiable como legítima. Gastaría páginas enteras si mencionara, además de a Cervantes, a cuantos han abrevado en el pasto verde y jugoso de autores memorables y nos han entregado desde nuevas Medeias y Antígonas hasta nuevas Caperucitas y Blancanieves libidinosas.

J.J.J sabe que la historia de Comala se repite. Y otra vez como tragedia. Siempre como tragedia. Y no quiero (me niego) a decir por los siglos de los siglos.

Cuando los muertos hablan es un texto marcado por un desencanto sereno: Juan Diego parece huir de otra suerte de *Pueblo Blanco* (*escapad, gente tierna, que esta tierra está enferma*, tal como canta Joan Manuel Serrat) en busca de un aire libertario, y tal fuga implica, inevitablemente, desgarramientos, desasosiegos, odios cargantes, pérdida del espacio de la patria y de la patria...

No obstante, estos dolores agudísimos, vive (no sobrevive) en este personaje un zumo de humanismo que lo pone a notable distancia de algunos de los monstruos rulfianos, especialmente del cacique Pedro Páramo, responsable (si es que cabe esta palabra) del caos y la negrura que sepultó la esperanza de un pueblo. Un pueblo que quizás pudo ser floreciente y terminó siendo nada.

Juan José Jordán ha escrito un texto mágico, poético, delirante, en el cual el tono de las voces de Juan Rulfo está absolutamente respetado y muy a tono con las angustias de ese otro par de Juanes que, huyendo sabe Dios de qué historia muerta, han llegado a la muerte misma que, como todos sabemos, hay veces que se halla —¡oh, ironía suprema!— a escasos metros del Paraíso.

Con(cierto) maestro

De los galardones literarios que he obtenido a lo largo de mi vida, casi ninguno me ha deparado más emociones que el Premio Razón de Ser del año 2000, otorgado por la Fundación Alejo Carpentier a mi proyecto de novela *Caballo de batalla*. Y así lo siento seguramente porque a este gran novelista debo una parte sustanciosa de mi vocación por la escritura.

Con esta afirmación no creo aportar nada nuevo. Decenas de escritores cubanos, y de más allá de las fronteras insulares, también han reconocido en alguna oportunidad que al brillante autor de *El siglo de las luces* deben más de una influencia.

Sin embargo, la mía, paradójicamente, no viene, sobre todo, de “lo más significativo” dentro de su obra (Léase *El reino de este mundo*, *Los pasos perdidos*, *El siglo de las luces* y su vasta obra como musicólogo ejemplar y ensayista de primera línea), sino de una novela. *Concierto barroco*, la cual algunos ubican dentro de la escala menor en los registros del hombre al que García Márquez llamó *El padre del Boom latinoamericano*.

Corría el año 1987 y andaba yo en la segunda mitad de mi carrera en la Facultad de Periodismo. Por entonces, la profesora y ensayista Dioni Durán nos traía de la mano un puñado de autores de este continente que, hasta el sol de hoy, no hemos dejado de venerar: Borges, Benedetti, Cortázar, Vargas Llosa... En aquel tiempo querido, y ya lamentablemente algo lejano, un mal de amores, con

cuando el público lo anime con locura, será sencillamente Dios sobre el montículo. Bajo cualquier circunstancia, Huelga llevará consigo las virtudes que decía el cronista deportivo Elio Menéndez: “un cañón por brazo y un corazón que, de grande, le hacía bulto en el pecho”.

Que le pregunten si no a los miembros del equipo norteamericano del Mundial de 1970: en tiempo de *play off* los acuchilló dos veces en menos de veinticuatro horas: 3x1 en once entradas el 2 de diciembre, ante un virtuoso del box que parecía invencible en ese campeonato y se daba el lujo de hacer malabares con la esférica y tocar una rumba de escalofríos: Burt Hooton.

El Jabao rendiría una faena que iba a servir de preludio a lo que haría en la fecha siguiente, cuando en función de relevista desde el quinto inning retiró, de forma consecutiva, a 14 de los 16 norteamericanos que compa-
recieron en el *home plate*, excelente faena que le daría a Cuba el partido (5x3) y de paso el Campeonato Mundial de Béisbol aficionado. Un año más tarde, durante los Juegos Panamericanos de Cali, Huelga se encargaría de pintar de blanco a un seleccionado Todos Estrellas, integrado por los mejores jugadores del certamen, a los cuales blanqueó y recetó la bárbara cifra de 15 ponches.

Contra los nortños había lanzado, en 1970, casi 15 entradas en apenas un par de días y por ello se ganó el apelativo, dado por Fidel, de Héroe de Cartagena. Un chiste fueron aquellas 14 entradas (y un poquito) si se comparan con las 20 completas que lanzaría en una sola noche frente al equipo Occidentales durante la X Serie de las Estrellas, cifra que ayer, hoy, mañana y siempre le pondría los pelos de punta al mejor lanzador de la mejor

banco, no puede contener una frase: “Este juego no hay quien se lo gane”.

Changa Mederos tiene los ojos cerrados. Nadie cometerá la estupidez de molestarlo. Sus coequiperos lo respetan y admiran a pesar de su pequeña estatura. Changa mantendrá su cuerpo y sus ojos de esa manera por espacio de quince o veinte minutos a lo sumo, porque cuando “el telón” se abra, ya él estará completamente listo para salir a escena con un garbo radiante. Ha tenido una madrugada de perros. Un repentino dolor de muelas lo sacó de la cama por más de tres horas. Dormir un rato no le vendría mal, cerrar los ojos y dejarse llevar por un sueño largo y profundo. Pero hay mucho que trabajar este domingo, sobre todo con Huelga enfrente. A la mierda el sueño. Un poco de insomnio y una muela fastidiosa jamás hacen mella en un pitcher grande. En cambio, Huelga, hace más de una hora (¡oh, pero Dios mío, qué es esto!) ha entrado tambaleándose al *dogout* del equipo *home club* y, antes de caer rendido en el banco, con el número 1 bajándole y subiéndole en el pecho, le ha pedido a Lázaro Pérez, su receptor favorito: “Cuando salga Changa a calentar, me avisas”.

En cinco minutos lo escuchan todos roncar. Pero en el banco de los villareños no hay nerviosismo. Conocen demasiado bien a Huelga. Apenas reciba el aviso de su catcher se pondrá de pie, estará aturdido durante algunos minutos, meterá la cabeza bajo un chorro de agua fría y por fin el suelo se le hará firme, tomará su guante, una bola y saldrá a desafiar el sol implacable del Augusto César Sandino y al más violento rival de la pelota cubana. Cuando el sol y el aire le den un poco en el rostro,

tristes aires wertherianos, me divorció temporalmente de mi pasión por la literatura.

En medio de aquellas desazones del corazón, una tarde de un día cualquiera (que bien visto ahora, al calor de lo que escribo, realmente no lo fue) comencé a leer *Concierto barroco*, casi por casualidad. Para mi sorpresa, la novela me golpeó en las vísceras de un modo distinto, subversivo, perturbador. Quedó prendida de mí o yo quedé prendido de ella. Da igual. Hacer la diferencia no cambia nada. Pero algo sí cambió dentro de mí en medio de aquella abulia que me llevaba a cerrar los libros apenas leídas un par de páginas.

Acerca de esta novela, años más tarde le comenté a un amigo escritor: “En *Concierto barroco* están todos los ingredientes (erudición, humor, absurdo, coincidencia de personajes contra toda lógica de Cronos...) que aparecen en mi novela inconclusa *Caballo de Batalla*. Leer *Concierto...*, y recibir sus influencias fue un proceso con vertiginosa rapidez. No era escritor entonces, pero sabía que la novela se había quedado en alguna parte esencial de mi cabeza, lista para saltar algún día”.

Así fue. Ni más ni menos. Abrí su página inicial y leí como un sencillo hijo de vecino: “De plata los delgados cuchillos, los finos tenedores, de plata los platos donde un árbol de plata labrada en la concavidad de sus platas recogía el jugo de los asados...” Y cuando saboreé las líneas finales (“vinieron a mezclarse, caídas de una claraboya, las horas dadas por los moros de la torre del Orologio”) ya estaba bajo un hechizo inexplicable.

Yo sabía entonces que un personaje podía convertirse en abejorro en la Praga de Kafka y otro en mosquito o

paloma en el realismo maravilloso de Haití, yo sabía que en un pueblo llamado Comala todos estaban muertos y, a su vez, andaban respirando y lamentándose como si estuvieran vivos en medio de las calles grises de aquel pueblo olvidado por Dios y por los hombres, yo sabía que una virgen de nombre Remedios la Bella podía volar al cielo enredada en sábanas blancas, que era posible ver pasar el vino por la garganta blanquísima de una aristócrata francesa gracias a la febril imaginación de un tipo llamado el Marqués de Sade y que un niño de tres años con un tambor de hojalata, invención inmortal de Gunter Grass, decidía no crecer y no crecía a partir de ese minuto ni una pulgada siquiera.

Yo sabía esto y algo más, gracias a “la verdad de la mentira” que es la literatura. Pero *Concierto barroco* era distinto (o yo lo creí distinto) y esa fue suficiente excusa. Un caos orgiástico, desenfrenado, lúcido, un festín para los cinco sentidos, una cuchillada al lógico decursar del tiempo, pues personajes de imposible cercanía en la vida real, pero situados por Alejo unos frente a otros, conversan sobre la vida, los placeres, la música, lo auténtico y falso que puede ser el arte, expresado todo de la manera más creíble.

En otra de sus novelas, *El arpa y la sombra*, donde Cristóbal Colón y Simón Bolívar casi se dan de narices en un mismo plano temporal, se nota aspereza en las costuras del invento. Pero en *Concierto barroco* (así lo siento y predico) Alejo logra que varios planos temporales encajen de manera magistral, como en ese cuando Antonio Vivaldi y Jorge Federico Handel, dos grandes músicos del siglo XVIII, “aterrizan” medio ebrios ante la

demente de “la mejor diversión, el tabaco mejor, el mejor de los vinos”, tal como sugería el argentino Alberto Cortez, escribe tus hazañas en el menor tiempo posible porque el paso por la Tierra será demasiado corto y para los “elegidos” la palabra *mañana* es tan solo un adverbio de tiempo.

Cuando miro en la pantalla casera a Toni Shalhoub, el intérprete de Adrian Monk, recuerdo la pulcritud de Changa. Pero Huelga, ubicado definitivamente en las antípodas de este lanzador siniestro, podría recordar a John Barrymore, el descomunal actor norteamericano que se metía en la piel y el alma de Hamlet, una y otra vez, de manera siempre convincente: “Yo he interpretado a Hamlet de todas las formas posibles: sobrio, medio sobrio, medio borracho, borracho completo”, aseguraba Barrymore. Y la actuación le quedaba bien. Encojonadamente bien. Tan bien como a casi nadie. En medio de una memorable función, hasta llegó a hacer un alto y salir de la escena a vomitar... y todo el mundo, crítica especializada incluida, creyó que era parte de algún “distanciamiento brechtiano” o de algo por el estilo. ¡Oh, qué grande Barrymore! ¡Oh, qué grande Huelga!

Dentro de cuarenta y cinco minutos saldrán los dos a calentar el brazo. En la cueva del equipo visitador, Changa se ha tendido... pero a meditar. Se cubre los ojos con el antebrazo, piensa, traza estrategias silenciosas... Para garantizar el triunfo tiene su endemoniada curva, pero también una recta que no es segunda de la de nadie. Algo así estuvo asegurando Luis Zayas. Siempre que Luis, antigua estrella del béisbol profesional y después entrenador del equipo Industriales, lo ve tendido bocarriba en el

de lujosos Amadeus. Siempre sube a la lomita bañado, perfumado y entalcado.

Al vestirse y maquillarse no parece que lo hace para un partido de pelota, sino para una ceremonia de alcurnia. Nadie lo supera en elegancia. “Cada *dogaut* —ha confesado Changa en alguna oportunidad— debería tener un espejo grande, muy iluminado, como los de un cabaret, para que pueda uno acicalarse como si fuera Frank Sinatra o Benny Moré”. Es imposible que no lo llamen El Caballero. La célebre foto de Jesús Rocamora, en la que se muestra el porte de Changa de la cintura hacia abajo, deja muy clara constancia de ello.

Viendo la figura del detective Adrian Monk, higiénica, popular y brillante criatura de un serial televisivo, o al profiláctico personaje de Jack Nicholson en *Mejor imposible*, resulta inevitable comparar a cualquiera de los dos con el insuperable zurdo capitalino... aunque sin exagerar. No fue este cubano (quizás por cubano) ni enervante ni desesperante como esos dos antológicos personajes de la ficción. Aunque para otros, Changa es la viva estampa del zurdo *big leaguer* Sandy Koufax, un virtuoso de los Dodgers en los años sesenta, del cual el zurdo cubano acabó por tomarle hasta su número 32.

El jabao espirituano es la cara opuesta de trigueño habanero: vive a todo tren, quizás porque conoce de modo inconsciente la antigua máxima de los paganos: “los que van a morir jóvenes son los elegidos de los dioses”. Y si vas a ser un “elegido”, entonces vive de prisa: ama apasionadamente; como buen espirituano dile a Fragancia que tú la quieres (y díselo también a Margarita, Lisandra, Rebeca, Gertrudis, Odalys, María...), disfruta como un

tumba de Igor Stravinsky, un músico memorable del xx, a escasos minutos de que todos se estremezcan con el sonido sin par de la trompeta de Louis Armstrong, otra vaca sagrada del pentagrama del pasado siglo.

¡Fabuloso! Aunque la actual pobreza narrativa casi no lo recuerde, ese es el género novela, tal como lo definió entre irónico y agudo el Nobel español Camilo José Cela: “todo aquello que, editado en forma de libro, admite debajo del título, y entre paréntesis, la palabra novela”. Un mar para la invención más delirante, más indócil y revolucionaria.

Cuando me lancé a la aventura de escribir *Caballo de Batalla*, de pronto me vi metiendo en ella a tipos del calibre del Papa Urbano V y Giovanni Boccaccio, a Pancho Villa y Plutarco Elías Calles, a Federico García Lorca y el ya citado Camilo José, a Salvador Dalí y Frida Kahlo, a los hermanos Loynaz y a un montón de locos crepitantes del México insurgente, la España republicana y la Cuba del Machadato. De pronto me vi metiendo a Paulina Bonaparte (a quien tomé en descarado préstamo al maestro Alejo Carpentier) y la saqué a pasear por los jardines del Palacio Borghese ¡en medio de un insomnio piñeriano!

Ellos y otros me ayudaron a escribir las páginas literarias más duras de mi vida. Unas páginas donde casi todo anda de cabeza, como en algunos delirios y ciertas borracheras, pero de donde es posible sacar una lección que, para nada está de cabeza, tal como aprendí del Concierto... de Alejo, otra pieza que dignifica el espíritu latinoamericano ante la vulgaridad del ojo europeo.

Mientras daba vida a los primeros capítulos de *Caballo de Batalla*, sentí que no me perdonaría como autor

si, en algún momento de la obra, el propio Alejo Carpentier no aparecía como uno de los personajes de la trama. Encontré el pretexto: una de mis criaturas, el profesor Brassens, hombre muy influenciado por el pensamiento iluminista del siglo XVIII y que se gana la vida impartiendo conferencias histórico-eróticas en una ciudad llamada Santa Ovejilla de los Lamentos, confiesa su orgullo por haber conocido en boulevard Raspail, en París, a un personaje al que se refiere, en un largo monólogo, como el *divino grandullón* (la estatura física real de Alejo es lo de menos en este caso) y que termina causándole especial admiración por sus vastos conocimientos políticos, geográficos y culturales sobre América Latina.

El *divino grandullón*, después de emprenderla a garrotazos contra una ópera mediocre sobre la conquista de México, compuesta por Antonio Vivaldi (ya Alejo había hecho lo mismo en *Concierto barroco*), le dice a Brassens palabras como estas:

“Allá, en la América de abajo, me espera la historia de Francisco de Miranda, la historia de una música y una literatura casi vírgenes al gusto de Europa, me esperan los perrillos carbunclos con gemas en los ojos, vistos por los buscadores de El Dorado, me espera el mundo comprendido entre el Bravo y la Patagonia, donde la lengua de Cervantes adquiere tonalidades más deliciosas que en toda la España de Gibraltar al Pirineo... ¡Un mundo nuevo, una nueva sensación, con otro estilo, otros manjares, otras músicas!... Y también otros dolores”.

A mí me suena bien este Alejo que inventé. A otros, sabrá Dios qué tal les sonará. Su presencia en *Caballo de Batalla* justifica, tal vez, el haber recibido uno de los

o laboratorios. Tienen una ley y la cumplen al pie de la letra: cuando el árbitro principal grita ¡play ball!, borran de un tajo todo lo que no se halle vinculado al juego.

Para este desafío, la dirección de Industriales enviará a “la colina de los infartos” al mejor zurdo entre todos los lanzadores zurdos y entre casi todos los derechos, Santiago Changa Mederos Iglesias, un tipo que liquida fácil a los villareños. Un zurdo que sabe maniatarlos, colgarles cero tras cero hasta lograr el out 27. Changa dispara curvas profundas que, en muchas ocasiones, no serán bateables ni bajo aviso. Habrá jugadores que jamás la descifren a lo largo de sus carreras como atletas.

El manager de Azucareros, Servio Tulio Borges, enviará a la lomita a José Antonio Huelga Ordaz, un derecho jabao del Central Tuinicú, en Sancti Spíritus, que dispara rectas capaces de hacer cimbrar los maderos de la novena contraria. Sí. Esa es la palabra, literal, no metafórica: *cimbrar*. Quema la recta del jabao. ¿97 millas? No ha llegado aún la hora del velocímetro para Cuba. Pero tal vez las 97 sean una cifra real, si tomamos en cuenta lo que, años más tarde, dirán sus ya viejos compañeros de equipo, facultados para comparar, a ojo y mente de buen cubero, actuales y antiguas velocidades en el montículo.

Cada uno de los dos, Changa y Huelga, se prepara a su modo para encarar las exigencias del béisbol: Changa no bebe (solo un vaso de leche en las comidas, recuerda Xiomara, su esposa, una frutal morena del cuarteto Las D’Aida), no fuma, no grita, no tolera una sola arruga o una mancha de tierra en el uniforme marcado por el número 32, cepilla sus *spikes* como si se tratara de un par

Changa y Huelga

La tarde bocarriba

*Para Julio Cortázar, por el plagio.
Para Ramón Benito y El Tigre Miranda, por el apoyo.
Para Carlos González Cartas, El Tube,
fanático industrialista y amigo perdido por el mundo.*

Ni una nube en el cielo. El sol dominical de la una menos cuarto castiga implacablemente la grama del estadio Augusto César Sandino, en Santa Clara. El público se anima, especula, apuesta por una u otra novena (sin plata mediante, aclararía socarronamente el cuentista Enrique del Risco)* sobre todo por la más dulce de las dos novenas. Muy pronto en las gradas no cabrá ni un alpiste. Dos monstruos de la pelota cubana, Industriales y Azucareros, dos *pitbulls* cuando se hallan frente a frente, dos trenes en dirección contraria sobre una misma vía férrea, se batan esta tarde por partida doble.

Siempre se juega fuerte en esa pelota. Cada jugador, coach, director... debe estar muy despierto, porque todos los rivales siempre se desempeñan al tope de sus posibilidades; aprovechan el más mínimo error o desliz de su contrario para tomar la delantera y ya no la sueltan en el resto del partido. Es un béisbol de pocas carreras... pero de mucho corazón. Abundan los jugadores de talento silvestre, natural, más que los de formación en academias

premios de su Fundación. Los premios casi siempre esconden una gloria muy relativa. ¡Si lo sabré yo! Pero el Razón de Ser me conmueve y no puedo (ni quiero) evitarlo. Y la culpa no es mía, sino de este maestro.

¡Ah, *Concierto barroco* que quedaste en mí! Alguien dice que eres “obra menor”. Yo quisiera, desde aquella tarde en que te leí, escribir muchas “obras menores” como tú.

El Bolígrafo y La Voz

Cuentan que el escritor Jorge Mañach, en uno de sus tantos desbordes, se atrevió a asegurar frescamente: “Marinello y yo somos las dos únicas plumas de esta República, el resto son mochos de lápices”. Más allá de coincidir o no con la visión ideológica y analítica de uno u otro escritor, la realidad acabó demostrando que, a pesar del pensamiento provocador de Mañach, tanto él como el marxista Juan Marinello derrocharon en sus obras y su prédica el talento suficiente para ser tomados en cuenta a la hora de entender el espíritu de la nación cubana, sea para bien o para mal.

Evoco esta anécdota a raíz de haber escuchado recientemente una minúscula “antología” de “frases célebres” provenientes del repertorio reguetonero insular, compiladas por el poeta y profesor ariguanabense Sandalio Cambor, entre las cuales destaca una que se fuga milagrosamente de la marea tan enfierecidamente sexual en este tipo de propuesta, en la cual todos los orgasmos, todas las arpías, todos los machazos, todo el culto a la promiscuidad, y todos los chicos malos del pentagrama parecen estar a sus anchas.

La frase en cuestión asevera: “Soy El Bolígrafo de la República”, al parecer un verdadero reto al finado Mañach, o seguramente a alguno de los nuevos trovadores (y los más viejos, chico, ¿por qué no?), a esos que todavía escriben letras de canciones con un poco de lirismo “trasnochado”: Tony Ávila, David Álvarez, Erick Sánchez...

y otra vez en dirección al home play, hasta liquidar del modo más humillante a todos los contrarios, no pocas veces profesionales muy bien pagados y “ranqueados”. Entonces estallaba la república entera, y la ínsula no se hundía de puro milagro.

Siempre el salvador Pedro Luis. O casi siempre, que no es lo mismo... pero es igual. Los otros (también estelares, según nuestros narradores) siempre mirando los toros desde la barrera, casi siempre sin momentos grandes en sus currículos. El espanto que he visto en sus rostros y el desastre que Cuba entera ha visto en sus lanzamientos contra Japón, Corea, Dominicana... me obligan a preguntarme: ¿cuántos de ellos piensan realizar, al menos, un mínimo de esfuerzo para escribir algún día su pequeña página de gloria, al igual que su maestro y líder natural? ¿Cuántos se afanan por lograr algo más que una leve gloria casera? Si alguna vez se deciden, Pedro Luis Lazo es la meta.

Solamente por esos instantes, donde un hombre lograba el milagro de hacernos sentir invencibles a escala planetaria, la opinión del poeta Evasio Pérez sería una verdad irrefutable.

Por espacio de trece entradas, contra bate de aluminio, Omar Carrero y Rogelio García estuvieron repartiendo cero tras cero. Estaban implacables. Finalmente los camagüeyanos, en el inning 14, lograron una carrera decisiva, y Rogelio salió por la puerta estrecha. ¡Increíble! Pero cierto. Para obtener la victoria contra muchos lanzadores contrarios, no bastaba lanzar casi perfecto. Ni un solo pitcher cubano de ahora (y que todos me perdonen) hubiera sido capaz de salir victorioso ante aquel Rogelio perdedor. Me gusta recordárselo al poeta Evasio Pérez.

No digo que durante su carrera deportiva el gran Pedro Luis Lazo no haya encontrado en la Isla, retadores de clase (en el pitcheo o el bateo, o en los dos juntos) que le echaran a perder más de un triunfo o más de un promedio. Sin embargo, me atrevo a decir que los viejos tiempos siguen mandando en Cuba en cuanto a calidad beisbolera, en cuanto a pitchers y bateadores que solían aguarle la fiesta a cualquier serpentintero estelar de la novena contraria.

Al respecto, el propio Rogelio García tiene otro par de cuentos dolorosos en partidos decisivos, frente a Pedro José Rodríguez y Agustín Marquetti, no importa que el lanzador pinareño estuviera (dicho literalmente) encendido. Si contamos los números de intramuros, Pedro Luis Lazo sería, sin dudas, el más grande. Ni siquiera dudarlo.

Pero yo, que no quiero referirme aquí a los números, prefiero recordarlo en todas las Hora Cero que lo tuvieron como glorioso protagonista cuando, no Pinar del Río, sino toda Cuba, contenía la respiración y se sentía volar hasta las moscas, mientras Lazo se impulsaba una

¿Serán estos trovadores, comparados con el autollamado Bolígrafo de la República, aquellos “mochos de lápices” de los que hablaba el autor de *Indagación del choteo*? Quién sabe. Veo a tantos repetir gustosamente las letrillas del Bolígrafo de marras, lo escucho tronar tan fuerte, tan libre y tan seguido en las bocinas de veloces bicitaxis que pasan por mi lado, y hasta en “espacios culturales” de presunto abolengo, que a veces me invade la sensación de estar definitivamente pasado de moda con mis predilecciones líricas, de no saber distinguir la diferencia entre un bolígrafo y un papagayo.

Otro tanto parece sucederme cuando escucho a Frank Sinatra cantando de modo impecable *Extraños en la noche* o *A mi manera*, y pienso de pronto en uno de esos reguetoneros que decidió llamarse La Voz, así, sin más ni más, creyendo tal vez (si sabe quién es Sinatra, por supuesto) que si ya el italiano estaba frescamente acomodado en el otro mundo, la herencia del ilustre sobrenombre pasaba a sus manos, con todo derecho le tocaba a él, figura esencial de cuanto teatro de barrio, Rapidito, paladar, cafetería, terreno de béisbol, discoteca o plaza pública existiera.

A fin de cuentas, si hasta ciertos presentadores de televisión (que sí conocen a Sinatra... bueno, al menos eso creo) llaman a todo trapo La Voz al dichoso reguetonero, quién soy yo para intentar demostrar lo contrario desde mi inoportuna y mala leche. Y bien lo dice el refrán: “El muerto al hoyo... y el vivo a saquear al muerto”.

Mientras escucho una canción compuesta por Tom Jobim y Chico Buarque de Hollanda, cantada por el segundo, que a mí (con perdón de las “metáforas geniales” del Bolígrafo ilustre) me parece incansablemente hermosa y

donde la experiencia del sexo y el amor pueden retratarse con una suma de imágenes tan espléndidas como estas: “si en el desorden del mueble extendido, mi pantalón enlaza tu vestido y mi zapato al tuyo pisa aún”, evoco la obra literaria más agraciada de nuestra lengua, en la que se funden magistralmente realidad y fantasía, cordura y falta de juicio.

Entonces, creo que si alguien puede despertarse una buena mañana creyéndose El Bolígrafo de la República o La Voz, sin ser a ciencia cierta ni lo uno ni lo otro, tal vez algún día pueda yo despertar creyéndome Miguel de Cervantes o Don Quijote. Puede ser. Si así sucediera, no vayan, por favor, a internarme en una sala de psiquiatría.

quedar de ellos tan solo cenizas como en el viejo bole-ro. Cenizas adonde fueron a parar los mejores jonrones de Pedro José, los pivoteos más insolentes de Urquiola, los espectáculos sin igual de Anglada, los disparos más tronantes del brazo de Capiro, casi todas las curvas de Changa, casi todos los tenedores de Rogelio, el mascoteo sin igual de Juan Castro, el 99,8 por ciento de los swines de Marquetti, las corridas de Wilfredo, los toques de bola de Eulogio Osorio, los robos de Víctor Mesa... Cenizas donde espero no acaben los instantes más gloriosos de Pedro Luis Lazo.

Pero volviendo a retomar la opinión de mi amigo, el poeta Evasio Pérez, pregunto nuevamente: ¿Fue Pedro Luis Lazo el más grande? ¿Le pudo sobrar el brillo porque en buena parte de su carrera enfrentó contrarios y lanzadores a los cuales les faltaba por arrobas?

Es triste. Pero sucedió. De los periódicos de la ínsula se perdieron aquellos titulares que, varias veces a la semana, prometían sabrosos duelos entre los mejores pitchers de la nación criolla. Duelos a rabiar entre Marrero y Jiquí, Marrero y Natilla, Alarcón y Hurtado, Changa y Huelga, Vinent y Rogelio... Sí. Se perdieron. Y con ellos se perdió parte del alma del béisbol cubano.

En viejos tiempos, minutos antes de comenzar un desafío, cuando un monstruo del montículo salía a calentar el brazo, por la banda contraria salía a calentar uno tan grande como él: si Vinent salía impetuoso, por la otra esquina salía con no menos ímpetu un tipo como Huelga, o Aquino, o Macías, o Changa, o Rogelio, o Guerra...

Al respecto, me basta recordar un partido que ningún lanzador de hoy perdería en ninguna parte de este planeta.

El monstruo de la hora cero

Por mucho que los narradores deportivos del patio pretendan convencernos sobre la extraordinaria calidad de este o aquel serpentinerero de hoy, lo cierto es que solamente uno de ellos se mueve entre el mito y la leyenda: Pedro Luis Lazo, el último gran lanzador de la pelota cubana.

Si exceptúo a Norge Luis Vera (con viejas glorias en intra y extramuros), el resto de los lanzadores activos (y no hablo aquí en nombre de nadie que no sea yo mismo) son decepcionantemente iguales, no importa cuántos récords, triunfos, ponches... se encarguen de sumar a sus *currículums*. No todo en el béisbol es asunto de récords y victorias. Es preciso tener algo más que números a favor... y esos pitchers no lo tienen.

Un poeta y amigo, Evasio Pérez González, no piensa dos veces antes de afirmar que ha sido Pedro Luis Lazo el más grande monticulista de la pelota cubana en los últimos cincuenta años. Bajo este pretexto, le ha escrito no pocas décimas de elogio al rascacielos pinareño. ¿Verdad irrefutable la de Evasio? ¿Epíteto exagerado? Los números, sin dudas, ubican a Lazo en la proa, en la punta del asta, en el sitio más elevado de la colina. Pero no quiero referirme a los números, porque a veces (aunque este no sea el caso) esconden trampas y manquedades.

Pretendo referirme a otra clase de “números”, a ese tipo de “números” que, por desgracia, se van borrando de la memoria colectiva con el paso del tiempo, hasta

Como la propia respiración

“Si los dioses existieran, hablarían en español”, aseveró cierta vez ese gigante de las letras francesas llamado Víctor Hugo, a quien los compases y riqueza de la lengua de Cervantes parecían conmoverlo de un modo muy especial.

Respecto a la lengua que hablamos, no me atrevo a imaginar una frase que llegue a la mitad del ingenio de la escrita por Hugo. Pero conservo (conservamos) ventaja sobre el autor de *Los miserables* en el hecho de haber atesorado ese “idioma de dioses” desde la mismísima cuna, desde que nuestros padres y abuelos pronunciaron ante nuestros ojos las primeras palabras de amor y de bienvenida a este mundo.

Cada instante de mi vida suelo recordar la importancia de las palabras con que hablo y escribo. He trabajado con ellas en todas las mañanas y las tardes y las noches. Y lo haré hasta mi instante final. Nada soy sin el fulgor de las palabras. Casi todas, por suerte, le deben a Quevedo, Cervantes, Martí, Quiroga, Vallejo, García Lorca, Neruda, Carpentier, Juan Rulfo, Piñera..., con el mismo entusiasmo que le deben a otros grandes de otras lenguas, y a no pocos hombres y mujeres comunes, capaces de clavar como espada en una roca un sinfín de vocablos y expresiones en el hondo y honrado “diccionario” del habla popular.

Camino al 23 de abril, Día Mundial de la Lengua Española en honor a la fecha de muerte de Cervantes,

en 1616, no poco debate he escuchado en torno a las agresiones diarias que sufre en Cuba nuestro idioma, sobre todo por parte de aquellos seres empeñados en retornar el sendero involutivo que va del hombre al mono.

En este sentido, comparto con estos inconformes la misma inquietud y desazón... y hasta la misma rabia, como no comparto también ciertos criterios y ciertas fobias hacia determinados vocablos, defenestrados históricamente, más por razones de tipo clasista y racista, que por razones medianamente culturales.

Uno de los más increpados resulta, sin lugar a dudas, el vocablo *asere*, el cual algunos academicistas de pantano definieron como “bandada de monos apestosos”, mientras el lingüista Carlos Paz Pérez, en las páginas del periódico *Granma*, lo definió como una palabra de “connotación delictiva”, no presente “en los diccionarios de lengua africana con el significado que se le ha dado actualmente”. Paz, erróneamente, ubicó su origen en la lengua lucumí, dentro de la cual significa loco, pero sucede que este significado no corresponde al vocablo *asere*, sino *aseré*.

Sobre este particular, el prestigioso musicólogo nigeriano Samuel Ekpe Akpabotna, en su *Ibibio Music in Nigerian Culture*, publicado en 1975 por la Michigan State University Press, recoge la palabra *asere* (sin tilde, recuerden) como de origen carabalí y no significa ni “bandada de monos apestosos” ni “loco”, sino, aproximadamente, “Yo te saludo”.

Es más: Nicolás Guillén, en un cordial poema dedicado a su biógrafo y amigo, el ensayista Ángel Augier, lo llama con este apelativo. Pregunto entonces: ¿alguien duda del talento y la cultura universal de Guillén? ¿Alguien

Regreso al pasado y veo a Rey Vicente Anglada vistiendo su oscuro uniforme de recluso, cansado quizás hasta de la vida, regreso al pasado y veo a Alfonso Urquiola relampagueando en los diamantes, y pienso entonces en lo que pudo ser y no fue: en un Relámpago entregándole a otro el batón de relevo al final de su gloriosa carrera por los estadios del mundo.

son unos cobardes”, dicen que dijo un gran jugador, cañón de oro a la hora de los sustos. Y si los regulares andan así, ¿qué demonios esperar del relevo? Los Urquiola no parecen repetirse, los Anglada tampoco. Si se están repitiendo, no son en estos predios. No me hago ninguna ilusión al respecto. Ni los que están ni los que vienen me deslumbran.

Urquiola era la estrella. Anglada el relevo. No sería fácil superar al Relámpago de Bahía Honda. Grande en los diamantes nacionales, grande en los diamantes de extramuros, en los Panamericanos de 1975 y en la fallida Copa Intercontinental de Edmonton en 1981. Grande, grandísimo, en aquel juego donde Agustín Marquetti le aguló la fiesta a los pinareños y donde —según el certero decir del cronista deportivo Jorge Morejón— “Urquiola le dio una clase magistral a Padilla sobre cómo se jugaba la segunda base”.

Urquiola se cansó de jugar y se fue por la puerta ancha. Anglada se cansó de esperar por alguien que le aclarara el malentendido, por alguien que ordenara cambiarle su uniforme de recluso por el mítico uniforme de Industriales. El mito Urquiola se escribió de punta a punta. El mito Anglada se escribió a la mitad. Nunca ocuparía el trono vacío que iba a dejar el bahíahondense.

No sé qué escribirá el prestigioso cronista pinareño Martínez de Osaba al hacer la comparación entre ambos. Supongo que, como siempre, sabrá maniobrar con la balanza. Tarea difícil la del profesor. Reconozco, admito, que no podría comparar un camino completo con uno a la mitad. No sé. Quedaría coja mi comparación y acabaría por sentirme indigno.

duda de su enorme peso y aporte dentro de la Lengua de Cervantes? ¿Alguien pudiera dudar de la prestancia de un caballero como Augier?

Haber sido una palabra de origen negro, africano, seguramente con asidua presencia en los barrios más pobres y olvidados de la vieja República, colgó un sambenito mortal a una palabra tan palabra como cualquier otra, mal que le pese a ciertos puritanos ignorantes*.

Los grandes aportes de la cultura africana, incluyendo distintas voces, no pueden ser entendidos de un modo tan pueril. África no puede continuar siendo nuestra madre burra. Ella, como España, también nos legó un fabuloso patrimonio en cuanto a música, bailes, danzas, deidades, platos de cocina... y, por supuesto, palabras. Mirar sus aportes a nuestra lengua con cualquier clase de ojerizas, es poco menos que un crimen.

A tal punto se mueven esta clase de prejuicios lingüísticos, marcados por el racismo más ramplón, que un periodista del patio, Argelio Santiesteban, dotado de un criollísimo sentido del humor, llegó a preguntarse ante cierta y disparatada definición de “iberoamericano” (hombre blanco nacido en América Latina, según un “prestigioso” diccionario español): “Bueno, ¿y entonces qué son los prietos de la playa de Marianao?”

A diferencia del castellano hablado en España, el nuestro tiene (y debe tener para su buena salud) un componente significativo proveniente del África negra. Las palabras que llegaron desde ese continente a la Isla tienen derecho a ser parte de nuestra expresión cotidiana, y de hecho permanecen dentro de esta numerosos términos, entre ellos moropo (cabeza), berocos (testículos), ocambo

(viejo), bongó (tambor), ñampe (muerto)..., como miles de palabras árabes están componiendo frescamente el idioma hablado en España e Hispanoamérica: ajonjolí, almacén, albóndiga, alcalde, barrio, latón, cimitarra, laúd, zaguán, guarismo, café... y hasta Madrid, palabra árabe por los cuatro costados, según el crítico irlandés Ian Gibson, el más importante estudioso de la obra del poeta y dramaturgo Federico García Lorca.

A fin de cuentas, una lengua como el castellano se arma sobre millones de voces de todos los orígenes, aunque en la propia España hayan tratado de borrar sin clemencia todo vestigio de sus mestizos antecesores.

¿Cuántas palabras provenientes del latín, el árabe (recuerden que los moros dominaron durante ocho siglos la península ibérica), el griego, el francés, el inglés... no llegaron para enriquecerlo? ¿Cuántas voces indias, entre ellas guayaba y aguacate, no hicieron otro tanto para impregnarle, como aseguraba cierto novelista, “tonalidades más deliciosas que todas las escuchadas de Gibraltar al Pirineo”? Miles.

“La lengua es un ente vivo”, se afirma con mucha razón y frecuencia. Muta, se enriquece, toma nuevos aires, no cabe en los dictámenes rígidos de las Academias, por muy Reales que sean, ni en las cuadradas listas de los diccionarios, porque supera a los dos con creces... y esto lo aseguran hasta los propios académicos para no pecar de tontos ni de momias conservadas en formol, como una vez les llamó impunemente Gabriel García Márquez.

El idioma castellano, el de Cervantes, el idioma que hablamos a cada instante, escribimos, sentimos, sufrimos

Era yo soldado y tenía 18 años. Algunos de mis compañeros de armas le preguntaban al jugador sobre su vida, sobre el oscuro percance que lo había lanzado allí. Anglada siempre juró su inocencia. Si por un millón no se había vendido a los yanquis, cómo demonios iba a hacerlo en intramuros por unos cuantos pesos nacionales. Le había escrito a muchos políticos importantes de la época para ver si lo ayudaban, pero nadie parecía (o quería) escucharlo. Yo nunca le pregunté nada. Y ahora lo lamento. Era yo soldado y tenía 18 años.

Pero aquellos días distantes y duros, de guardias y sacrificios, también los recuerdo como días luminosos. Es casi imposible no ver así las cosas cuando se tiene 18 y unas ganas inmensas de tragarse el mundo.

Sin embargo, para Rey Vicente Anglada, el hombre que movía multitudes de admiradores en dirección a los estadios, los días no eran nada luminosos. Y solo tenía 27, y un mundo entero por tragarse cuando al fin cayera el reinado de Alfonso Urquiola, un tipo que dejaría el segundo cojín cargado de leyendas, como antes lo había dejado Félix Isasi y más tarde lo dejarían el llamado Capitán de Capitanes, Antonio Pacheco, y el inolvidable Juan Padilla.

Era casi una ley que, en la base intermedia o en cualquier otra posición, brillara como rey un pelotero, pero ya estuviera al acecho uno más joven. La estrella y el relevo. No fallaba la cadena. Jamás se rompía. Era hermosa y explicaba claramente no solo la ley de la vida, sino cómo andaba de salud el béisbol del patio.

Ya no sucede. Los propios regulares del equipo Cuba parten el alma cuando llega la hora cero. “No ganan porque

Un hombre vestido de oscuro y un relámpago feliz

*Para Denys y Carlos Jesús,
mejores como artistas que como jugadores.*

*Yo recuerdo a los hombres
en el mejor momento de su caída.
EMILIO GARCÍA MONTIEL*

Quizás algunos ya no recuerden este pasaje tan triste. Pero cuando el béisbol terminó abruptamente para él, cuando un manto de infamia se tendió sobre su nombre, hablaron hasta de borrarle las estadísticas, lo alcanzado a sangre y fuego en el terreno por “el segunda base más espectacular que había dado la pelota cubana”, según el acertado decir del escritor Leonardo Padura.

La desmemoria como remedio. Mala decisión después de otra mala decisión. Pero el olvido siempre está lleno de memoria. Lo dijo Mario Benedetti y yo coincidí con el uruguayo. Por eso no olvido a aquellos encendidos radicales (para llamarlos de un modo bonito) empeñados en sepultar sin clemencia a un hombre caído, y por eso me niego a olvidar el paso de Rey Vicente Anglada cada amanecer, enfundado en su oscuro uniforme de recluso, en dirección al lugar donde trabajaba, junto a otros reclusos, en la Escuela Interarmas de las FAR General Antonio Maceo, en Ceiba del Agua.

y amamos, merece todos los honores y homenajes posibles el 23 de abril y cualquier otro día del año. Es parte esencial de nuestras vidas y, más que de nuestras vidas, de nuestra respiración.

Sin él, nos ahogamos sin remedio y de la forma más trágica. Si nos falta un minuto, morimos. Por eso, cuidarlo de las chapucerías y los dogmas, es también una forma de hacernos respirar del modo más libertario posible.

* La información más completa acerca de la palabra *asere* la encontré en el artículo *Asere se escribe con ese (croniquilla desde el fondo del caldero)*, escrito por el periodista e investigador Tato Quiñones, evidentemente impactado por las declaraciones del lingüista Carlos Paz Pérez. Años más tarde, la escritora Wendy Guerra definiría esta palabra como “la más sonora del español hablado en Cuba” y el escritor y etnólogo Miguel Barnet la propondría para ingresar al Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

¿Provinciano?

Hace ya varios años, en una larga entrevista, un escritor pretendió, de manera campechana, que los habitantes de la ya extinta provincia de La Habana pasáramos a llamarnos —o ser— *provinciahabaneros*. Así, sin más ni más, de la noche a la mañana, *provinciahabaneros*.

Para justificar su arrebato de lo que un ensayista latinoamericano llama “miopía lugareña”, el entusiasta escritor —ahora con residencia en España, antes con residencia en Alamar, La Habana—, empleaba con su entrevistador una página completa de una edición de la Tertulia Cultural del bisemanario *el habanero*. Desde entonces ronda en mi cabeza la provocadora “tesis” del escritor neopacino-alamareño... Cierra la primera anécdota.

Abre la segunda: en un cartel o valla que podía verse al llegar a cualquiera de los diecinueve municipios de la provincia de La Habana, aparecía esta frase al pie de la imagen física de un corajudo oficial de nuestras guerras de independencia: *coronel Juan Delgado. Patriota insigne provincial*.

Desgraciadamente, no comparto ni la estéril pretensión de la primera ni la estrecha dimensión de la segunda.

Vivo en un municipio llamado Caimito, hoy perteneciente a la provincia de Artemisa, en la casa marcada por el número 3807 —desde ahora la suya, querido lector. El lugar me parece exquisito. Al respecto, le respondí en una entrevista al escritor, amigo y coterráneo Francisco García González: “Soy un autor habanero, y a mucha

portugués Ronaldo por aportarle cientos de goles al Real Madrid. No importa. El olvido está siempre lleno de memoria. Los “muertos” que han tratado de hacer invisibles están gozando de buena salud, y ya nada ni nadie podrá borrarlos del *aleph* luminoso de la nación cubana.

Cuando a finales de la década del 80 se vino abajo todo el campo socialista, incluyendo la Unión Soviética, y con ellos el ideal de pureza revolucionaria que decían representar, un pequeño y estimulante milagro comenzó a ocurrir en Cuba: voces lúcidas comenzaron a reivindicar a figuras imprescindibles para la dignificación y supervivencia de la nación, entre ellas Jorge Mañach, fallecido en Puerto Rico en 1961, pero sin cuyo nombre estaría incompleto el polémico retrato de la cubanía. De pronto, casi como por encanto, volvió a primera plana el nombre del “incómodo” Virgilio Piñera y el de Dulce María Loynaz, autora bajo una suerte de “insilio voluntario”, semejante al de los también poetas Serafina Núñez y Delfín Prats, mientras los jóvenes escritores saboreaban con un regusto infinito a un autor “terrible” llamado Reinaldo Arenas, condenado a vivir en un exilio que odiaba de manera visceral.

Volvieron ellos y volvieron otros que, a pesar de no abandonar jamás la Isla, también fueron borrados como si lo hubieran hecho. Volvieron, a veces de manera incompleta y subrepticia, pero volvieron, y entonces el ancla de la nación, ya a distancia prudente del sainete eslavo, de pronto nos pareció más firme en el mar de nuestra dura marea cotidiana.

Tal vez los nombres de Pacheco, Abreu, Arenas... no cuenten para ciertos escribidores y ciertos medios de intramuros, para esos mismos que, con un asco reprimido, han llamado “italiano”, “español” o “francés”, sin más señas, al cubano que compite por un club que no responde a su nación de origen, mientras elogian abiertamente al argentino Messi por relumbrar en el Barza catalán o al

honra, y no tengo por qué decir que Caimito es la cuna de la civilización occidental o el lugar más poético de Cuba (...) Para vivir decentemente necesito un rincón en una esquina del mundo, y esa esquina está en Caimito. Pero mi visión de escritor no puede acabar en la entrada del pueblecito de Anafe”.

¡Oh, esa esquina! Por allí pasa el aire que atraviesa la montaña situada al fondo. Y viene mucho aire de frente, atraviesa impetuoso la sala y se abraza en el comedor con el aire que viene del fondo. Hay aire por todas partes: en la sala, la cocina, los cuartos... Es la fiesta del aire. El calor encendido de julio y agosto es apenas una broma mientras se está cobijado en la casa.

Y hay mucha luz, y agua potable, y un patio ideal para hacer tertulias y descargas, para hablar sobre la música de Chucho Valdés o la última novela de Mario Vargas Llosa o de la más reciente cuentística cubana, o del último poeta habanero que descubrió una revista de arte y literatura.

Un patio para conversar de las cosas torcidas y derechas de este mundo, ¡que son tantas y tantas!, un patio exquisito para tomarse un té o una botella de ron, con amigos y amigas de provincias, que no provincianos, al abrigo de las colgantes uvas que sembraron las prodigiosas manos de Ada.

Un refugio en una esquina del mundo, que no está en Beverly Hills ni en los Campos Elíseos. Ni siquiera en la populosa calle 23 del Vedado. El 3807 marca la casa donde están ciertas novelas de Flaubert, Balzac, Víctor Hugo, Dostoievski, Carlos Fuentes, Carpentier, García Márquez, Julio Cortázar... en medio de un librero que le hace saltar

los ojos a cuanto visitante se asoma al primer cuarto de la vivienda.

Mi casa está en una esquina de un pueblo cualquiera; pero los libros, el arte, la cultura sobre todo me han hecho desandar el Universo y saber que, más allá de mis mares, está la obra inmensa de muchos hombres y mujeres que aman, sufren, crean y se emocionan en lenguas que ni siquiera conozco, y más acá, en mi Patria, existen la virtud, la brillantez, el ingenio en no pocos de sus hijos.

Soy escritor de narrativa y teatro, de poesía y décima. Y no me aficiona ser provinciano. No me entusiasma mirar con luces de corto alcance. Al igual que un amigo novelista, quisiera escribir para millones de lectores, que me lean y conozcan. Y no es asunto de fama o dinero, sino de compartir una estrella, una fase lunar, un eclipse, una inquietud, una esperanza, una certeza, una duda... con esos millones de seres que apenas conocemos o no conocemos en nada; pero también habitan este mundo nuestro parado de cabeza.

Para cumplir ciertas formalidades con la modestia, no es útil ni saludable que uno mismo se cite. Perdónenme, pues, por haber citado en exceso —y aquí recuerdo a don Miguel de Unamuno— “al hombre que más a mano tengo”.

Al autor de *Color local* le conté mi orgullo por vivir en provincia o “en el campo”, como erróneamente llaman los habitantes de la capital del país —al fin y al cabo, otra provincia de Cuba— a quienes residen fuera de la ciudad de La Habana.

En cambio, me negaba y negaré a ser provinciano, a mirar la vida, mi entorno, con ojos de ciego o con luces

televidentes, sin mencionar jamás el nombre de Evelio Taillaq, que el actor Frank González se encargaría a partir de entonces del papel protagónico y, como cierre de su aclaración, lanzó un exabrupto tan injusto como selvático: ¡Que se vaya la escoria!

La escoria, por supuesto, era el actor Evelio Taillaq y los miles de cubanos que se marchaban junto a él. De intérprete del mejor Balzac a basura delincuencial. ¡Vaya repentina conversión! Y vaya manera de llamar a personas que solo querían emigrar, como millones de seres humanos en cualquier parte del mundo.

Al detenerme un poco más en el daño tan costoso que ha infligido al *aleph* de la nación esta clase de olvidos tan bien y tan mal pensados, habría que recordar la “joyita” de desmemoria que representa un libro como el llamado *Diccionario de la literatura cubana* (1980 y 1984), en el cual “brillan literalmente por su ausencia”, para decirlo como el ensayista Ambrosio Fornet, los nombres de Severo Sarduy, Guillermo Cabrera Infante, Lino Novás Calvo y Carlos Montenegro, por solo citar tres bastiones literarios ignorados olímpicamente por el Diccionario de marras, publicación “asesorada” por varios reconocidos autores que, de solo pensar en sus nombres, me ruborizo sin remedio.

Sin embargo, nada invalida la dimensión de estos “ausentes”, nada los hace merecedores del destierro de los medios nacionales de difusión masiva, como ningún argumento sostiene que, noventa millas al norte, un artista, intelectual o músico con residencia inalterable, gustosa y voluntaria en la mayor de Las Antillas sufra las mismas consecuencias.

decisión que, al cabo de medio siglo, continúa colgando un San Benito letal a quienes la ponen en práctica, sobre todo si fueron (o son) glorias deportivas, artísticas, intelectuales..., aunque el acto de la migración no los lleve jamás a pronunciar una sola palabra contra el gobierno de su país de origen.

El caso de Antonio Pacheco resulta apenas un botón de muestra. Pudieran contarse muchos más. Las maromas que cada domingo realiza la Televisión Cubana para no proyectar partidos de las Grandes Ligas donde actúen José Dariel *Pito* Abreu, Yoemnis Céspedes, Aroldis Chapman, Yasiel Puig, Odrisamer Despaigne, entre otros, da fe absoluta de este “olvido” tan lamentable como risible, pues mientras la Televisión del patio apuesta por tachar lo que nunca debió ser tachado, sucede absolutamente lo contrario en casas y tugurios de todo tipo, en repartos confortables y en barriadas incómodas, donde los cubanos, gracias a medios alternativos como la computadora y el DVD, aplauden rabiosamente a sus ídolos presentes en las alturas de la Gran Carpa beisbolera.

Las “joyas” que al respecto guarda la TVC son dignas de un estudio psicológico muy serio: en 1980, en medio de la intempestiva migratoria por el puerto de Mariel, se transmitía por la pantalla casera una versión cubana de la novela *Las ilusiones perdidas*, de Honoré de Balzac, protagonizada por el actor Evelio Taillaq.

Pero el actor protagonista, al igual que miles de cubanos, también decidió emigrar y desde entonces comenzó su viaje hacia la nada... al menos en la Isla. Minutos antes de comenzar la transmisión de un capítulo de esta novela, una locutora, con rostro circunspecto, comunicaba a los

cortas, pensando, como el aldeano vanidoso del que hablaba Martí, que el mundo entero es mi aldea, primer gran defecto de todo provinciano.

Miro el librero. Toco los libros. Toco un montón de nombres universales que vivieron donde les vino en gana, en sonoras capitales o en humildes provincias o pueblos desconocidos y lejanos, y sin embargo escribieron o pintaron o compusieron música como dioses para no ser provincianos ni tullidos.

Pienso en el novelista Robert Graves, residente en un pueblecito perdido de España, a quien la Academia Sueca le sigue debiendo un Nobel por todos sus imponentes retratos de la Roma milenaria, fascinante y decadente, pienso en Horacio Quiroga y en su selva plagada de misterios y peligros delirantes, pienso en el novelista Paul Bowles, a quien Argelia lo llevó a escribir un *Cielo protector* que todavía me sobrecoge y deslumbra, pienso en el ya imprescindible José Saramago, residente en Lanzarote, hombre que dice no saber dónde está Dios; pero ha demostrado saber dónde está el corazón de la mejor literatura.

Y en nuestra Matanzas escribió largamente esa adorable perturbadora llamada Carilda Oliver, y hasta los valles y las lomas de Pinar cargó en sus hombros dos Premios Casa la narradora Nersys Felipe, y hasta las lomas de Tapaste llevó su casa el gran pintor Manuel Mendive, y con su música vinieron para “La Habana profunda” los muy reconocidos hermanos Vitier...

“El Vedado será siempre el Vedado, el resto es solo áreas verdes”, asegura cierta gente que apesta a provinciano y circunscriben toda la suerte y el talento al hecho de vivir en este sitio o en otro, como si siempre una di-

rección postal se encargara de dar lustre y garbo a quien posiblemente no los tenga... ni viviendo en El Vedado, o se encargaran esa suerte y ese talento de estar vedados (¡precisamente vedado!) a pinareños, matanceros, cienfuegueros... ¡Ni qué decir de los ya míticos orientales!, reducidos a policías subnormales y chupadores incansables de alcohol barato.

Es como decía el finado Guillermo Vidal, el muy premiado escritor de Las Tunas: “A algunos de estos presumidos ya quisiera yo verlos comportarse en Londres o París”. Quizás entonces —atendiendo a sus actitudes y al hecho de residir oficialmente en la provincia Ciudad de La Habana— se conviertan, a los ojos del escritor de Alamar-Nueva Paz, en algo así como un *provinciacapitalinos* o *provinciacitadinos*, que para el caso...

Y de este provincianismo enfermizo no se salvan a veces algunas grandes figuras, quienes pueden disertar magistralmente sobre Shakespeare o Cervantes, Goya o Picasso, Borges o Bioy Casares, Welles o Bergman..., pero todo lo que no sea de su preferencia termina por parecerles fatuo y decadente.

Ahora, cuando casi concluyo, recuerdo nuevamente al coronel Juan Delgado, odio mayor de los vencidos españoles, quienes, ni aún después de la guerra y la humillante derrota, renunciaron a darle muerte. Y lo mataron. Historia bien conocida es el rescate, en medio de una lluvia de balas, del cuerpo sin vida del Lugarteniente General Antonio Maceo el 7 de diciembre de 1896 en San Pedro.

“El que se sienta cubano, que me siga”, gritó el coronel mambí al iniciar el rescate. Un grito de transparente identidad en medio de la muerte. Fue historia bien

El acto inútil de borrar ciertos nombres

A un conocido narrador deportivo le dio por mencionar los mejores jugadores de la segunda base en la historia del llamado “béisbol revolucionario” y, para este fin, tuvo a bien pronunciar los nombres de Andrés Telemaco, Félix Isasi, Alfonso Urquiola, Rey Vicente Anglada y Juan Padilla, entre otros, peloteros de probado talento en la grama de los estadios nacionales e internacionales. Sin embargo, para sorpresa, disgusto y mofa de no pocos aficionados, el nombre de Antonio Pacheco Massó, el llamado Capitán de Capitanes, brilló por su ausencia en la voz del conocido comentarista.

¿Cómo era posible olvidar a un “camarero” tan estelar, a un pelotero considerado como uno de los más sobresalientes (incluyendo peloteros de todas las posiciones) desde que surgieran en Cuba las Series Nacionales en 1962? ¿A qué se debió semejante raptó de amnesia por parte de quien conocía de sobra no solo la calidad competitiva de Antonio Pacheco, sino también su ancho sentido de la integridad humana?

La voz popular, que suele recibir con toda clase de comentarios punzantes este tipo de erratas tan pedestres, de inmediato puso el chiste cuesta arriba: “El problema es que Antonio Pacheco nunca existió”.

Para entonces, las razones de tal amnesia ya eran harto conocidas: la antigua estrella del béisbol había decidido abandonar definitivamente la Isla para instalarse con su esposa en el sur de los Estados Unidos, un tipo de

sido un lanzador de 100 millas por hora o un cuarto bate temible como Muñoz o Kindelán.

Sin embargo, nunca necesité un puesto en el equipo para disfrutar de cada juego en aquel terrenito, al que Malala y Macario cuidaban como la niña de sus ojos para que siempre estuviera verde y lozano y dispuesto para la contienda.

Un buen día decidieron que el terreno se llamaría Sergio Lara, un mulato conocido popularmente como Maceo, ya fallecido, a quien, en plena vejez, con un swing casi descolgado, vi sacar la pelota por la banda del jardín izquierdo. Un nombre como ese merecía el estadio. Lo que no merecía fue la desidia absoluta que vino después.

conocida, y es historia grande. A Juan Delgado y sus hombres se debe esa joya de la vergüenza cubana.

Al respecto, recordaba el historiador Eusebio Leal en entrevista concedida a Rosa Miriam Elizalde y publicada en *Juventud Rebelde* el 11 de junio de 1995, bajo el título de *Esta es la montura de la reivindicación*:

Hay tiros, gente corriendo por aquí y por allá, cientos de gente. En ese instante irrumpe Juan Delgado, cubano tenido por irresponsable y que estaba hasta sancionado, y él es quien espanta a las auras de allí y se lleva los cuerpos (...) Es este hombre quien recibe la terrible misión de trasladar ocultos los cadáveres.

En el Cacahual, donde vivía un pariente suyo, Pedro Pérez, fue cavada la tumba. El secreto mejor guardado de Cuba permitió que este acto que celebramos hace unas horas tuviera lugar, y yo diría, que hizo posible las relaciones que con España tenemos hoy.

Al referirse al “acto que celebramos hace unas horas”, Leal evocaba el digno gesto de una delegación de altos oficiales españoles, quienes tuvieron a bien entregar a Cuba “una montura perteneciente al general Antonio Maceo”. Una montura con valor histórico discutible; pero de notable valor espiritual para dos pueblos que, más allá de rencores, encontronazos y discrepancias de todo tipo, habían fundido savia y raíces sobre las brasas de un fuego mutuo.

De haber caído el cuerpo sin vida de Antonio Maceo en manos enemigas, seguramente la orgía hubiera sido en

grande, casi bárbara, por España haber liquidado al hombre que representaba “el cincuenta por ciento de sus problemas en Cuba”, A Rosa Miriam Elizalde le aseguraba el Historiador de La Habana:

Porque si en vez de haberse ocultado el cadáver, ese cuerpo cae en manos españolas, aquí no habría ni clero. El 8 de diciembre, un día después de la muerte de Maceo, se celebraba la Inmaculada Concepción. Era día de fiesta y las iglesias lanzaron sus campanas al vuelo. El clero aprovechó para manifestar su integrismo contra los demonios de la insurrección y de la guerra. Si el cadáver hubiera caído en manos españolas, lo habrían quemado aquí en la Plaza de Armas, en medio de un escarmiento que no habría dejado espacio en este país a reconciliación de ningún tipo.

Juan Delgado nos evitó esa tragedia sin fin. No es, por tanto, *un patriota insigne provincial*, sino un *patriota insigne de la provincia* y, mejor sea dicho: *patriota insigne de Cuba entera*.

Que su patria chica fue Bejucal, perfecto. Que amó entrañablemente ese pedacito de tierra al que los mexicanos llaman sabiamente *La Matria*, pues están en ese pedacito nuestra casa primera y nuestra infancia, nadie lo dude. Pero que su grandeza no era provinciana, tampoco lo dude nadie. Y es lo mejor y más sabio del caso. ¿No les parece así a ustedes, queridos lectores universales?

pitcher de mucha alcurnia en los equipos Industriales de la mitad de la década del 70.

En este terrenito vi a Carlos Cepero, *short stop* de los Industriales con serios problemas al bate, castigar sin piedad a cuanto pitcher local se le puso enfrente. Era el clásico “out por regla” trocado en verdugo una vez que abandonaba los rigores del Latino, el Capitán San Luis, el Sandino... y otros estadios de alta clase.

Y vi a Pedro *El Quemao* Márquez, primera base derecho nada sobresaliente en las Series Selectivas, echar un “plomazo” tan violento por el área de tercera base, que el jugador de esta posición, evidentemente espantado ante aquella pelota que viajaba hacia él como un disparo de bazuka, solo atinó a levantar un pie y dejar que la bola siguiera bajo su spike como un estampido en dirección al jardín izquierdo. Los chistes que despertaría aquella “pierna recogida a tiempo” bien merecerían estar en una antología de humor criollo.

Son apenas unas pocas anécdotas las que he narrado. Pero anécdotas que uno disfrutó en el estadio de su infancia y adolescencia, donde cada sábado y domingo, las novenas de nombres más impensables arribaban, a veces desde la capital cubana, para batirse con la novena local, compuesta por peloteros de limitado talento, pero siempre dispuestos a entregarse en cuerpo y alma a la mayor pasión deportiva del pueblo cubano.

Y en ese terrenito traté, sin resultado, de llegar a ser pelotero. La escaramuza no duró demasiado. Al duro no la veía pasar. Tres strikes... y fuera. Definitivamente no sería pelotero, sino escritor y periodista. Y ahora, viendo lo que he logrado en ambas profesiones, me resigno a no haber

Me duele hasta los huesos tanto abandono, tanta historia sepultada en el fondo de la indiferencia. Alguien me dijo una vez: “si personalidades y acontecimientos más importantes están en la total desmemoria, ¿qué puedes esperar de tu estadio?”. Tiene razón. Acabo de leer que uno de los más grandes fotógrafos de Cuba, el célebre Chinolope, autor, entre otras, de las célebres imágenes de Lezama junto a Cortázar, y reportero estelar de las revistas se encuentra en la penuria más dolorosa y ya no espera ni un milagro que lo devuelva a la luz y al sitio que tanto merece este hombre. Es apenas un caso. No voy a citar otros. No pretendo que este libro tenga cien páginas.

En este terrenito vi lo que ahora cuento y recuento a los que entonces estaban muy lejos de nacer: un pelotero que jugara en la Serie Nacional, por muy mediocre que fuera, cuando llegaba a jugar a esta clase de terrenitos demostraba por qué era diez veces superior a los que no llegaban al clásico nacional. En este terrenito vi a Bernardo Moré, con una recta de espanto, liquidar por la vía de los strikes a 17 contrarios y soportar apenas tres hits (espantosamente mal bateados por cierto). El propio Bernardo, pitcher de los Industriales, solía perder más juegos que ganarlos en la Serie Nacional.

Años más tarde, en otro estadio del municipio, vi en pleno calentamiento a un pitcher zurdo del equipo Cuba. ¡Qué decepción! ¡Ni la mascota sonaba con sus lanzamientos! Apenas comenzado el pleito, la novena municipal le dio batazos de todos los colores y por todas las bandas. ¡Y ese era el pitcher zurdo estelar del equipo Cuba! ¡Madre mía! Bernardo Moré quemaba la mascota, ponchaba a Mazantini en la pelota provincial y no era un

Soñador en la Avenida Dayton Hedges

¡Pobre Denys San Jorge! En vez de andar pintando cuadros de mulatas esplendentes bajo cualquier cocotero o palmera, que al menos le garanticen entrarle mejor al mambo de la vida diaria, que está durísimo, le ha dado por escribir, no ya libros de cuentos, como sus dos primeros cuadernos, sino ¡una novela! ¡Vaya atrevimiento y desquicie del pintor arrepentido!

Y no le dio por una novela con una historia sencilla, con bodegueros y bodegueras, panaderos, boleristas, viejos locos y puticas de barrio. No. Le dio por narrar la historia de la Textilera Ariguanabo, en el Cayo La Rosa, ahora convertida en poco menos que cenizas, pero hace 60 años atrás la más importante de América Latina.

Denys se ha parado sobre las cenizas de lo que fue el Paraíso del norteamericano mister Dayton Hedges y ha metido el dedo dentro de ellas, para ¡oh, sorpresa!, encontrar que las cenizas seguían ardiendo, que el olvido, como dicen Galeano y Benedetti, estaba lleno de memoria.

Denys, la criatura más voluntariosa que cualquiera pueda conocer, pensó que hallaría “algo, pero no tanto” sobre la extinta y mítica textilera, y fue hurgando por aquí, por allá y acullá, hasta descubrir que el “algo, pero no tanto” se había convertido en mucho, muchísimo, y que detrás de la insalvable ruina textil, Bauta entera guardaba, de manera cómplice, una historia que se negaba a morir entre la abulia y el desgano del depredador y el “bostezador” contemporáneo de la isla de Cuba.

Entonces poco a poco fue tomando cuerpo, o páginas, *Avenida Dayton Hedges*, una novela por la que Denys apuesta como García Márquez por *Cien años de soledad*. Y no vayan a asombrarse por esto que escribo. Si uno se guía por el entusiasmo de Denys y por su obsesiva fecundidad escritural (El Balzac bautense bien pudieran llamarlo), entonces comienza a creer seriamente que, *Avenida Dayton Hedges* pondrá en atención a los lectores más inteligentes de medio planeta. ¿Un *best seller*? Ojalá. ¿Una película de Hollywood con Oscar incluido? Ojalá también. No olvidar que Denys es un soñador.

Mientras pienso en el río Pessoa

*Para mi padre, El Americano, Manín, Ernesto Trucutú,
Roberto Vargas, Alfredo Fumero
y tantos otros que amaron al pequeño estadio.*

Juran unos versos memorables del poeta portugués Fernando Pessoa: *El Tajo es más bello que el río que corre por mi pueblo. Pero el Tajo no es más bello que el río que corre por mi pueblo porque el Tajo no es el río que corre por mi pueblo*. Cada quien, a falta de un río grande, parece tener uno pequeño, al que se le puede querer tanto o más que a cualquier otro río del mundo, por muy caudaloso y célebre que sea.

Yo no tengo precisamente un río para querer hasta el delirio. Tengo un estadio de béisbol. Bueno, que digo un estadio, un terrenito de béisbol, el de un pueblecito llamado Ceiba del Agua. Más bien, *tenía*, porque ahora es un terrenito muerto, por desgracia. Un terrenito que poco a poco se ha ido desdibujando en medio de un paisaje silencioso; un terrenito donde ya no se sabe dónde está el box, el *home plate*, la tablita del montículo; un terrenito donde las vacas, los chivos, los caballos pastan frescamente sobre la grama (hoy frondoso hierbazal) donde tantos jugadores corrieron, batearon, fildearon, pifiaron, sufrieron... bajo el grito emocionado que sumía las “gradas” de rústica piedra en un verdadero manicomio.

este libro, es, precisamente, el susto del amor. Un susto que Rolando no pudo, no quiso evitar, un susto al que dedicó cuartillas enteras, un susto que tuvo nombre y olor de mujer, una mujer que también guardará este libro como una joya de incalculable valor.

Mientras escribo estas palabras, he pensado que a Rolando lo hubiera conmovido leer *Infield hit*, un puñado de poemas sobre béisbol escritos por el pinero José Antonio Taboada. Entonces (estoy seguro) también hubiera escrito los suyos sobre un deporte que tanto lo marcó. Pero su vida fue demasiado breve. Demasiado.

Esta tarde de domingo, llegando a las dos, Rolando estaría pensando en tomar desquite de la derrota, seguramente tendría la casa llena de amigos enloquecidos con el Clásico Mundial: Alberto, Yuset, Yusbel, Eduardo, Michel... tendría puestos de cabeza la cocina y el fogón de Mirta, tendría encendida la sonrisa de sus hermanas Las Jimaguas... y soñaría que una derrota, por muy descomunal que sea, no puede derrumbar los ímpetus de un hombre o un equipo: en medio de la tormenta, hay que salir a ganar.

Han dado ya la voz de *¡play ball!* Yadiel Martí asciende a la lomita y Venezuela se afila los dientes para repetir la historia de los borinqueños. Viene a propinarnos una estocada mortal. No sé, Rolando, pero al pensar en ti, en tu serena hombradía, en tu forma de vivir y de morir, sueño despierto que vamos a ganar esta tarde.

Domingo, 13 de marzo de 2006

Del miedo al pánico: Las derrotas

Según el ácido decir del destacado novelista cubano Guillermo Cabrera Infante, en Cuba sucede que las noticias son mentiras y los rumores y las bolas son verdad. Pues como rumor invencible desde hace años —rumor que algún artista en fecha reciente intentó desmentir, imagino que sin mucha suerte— ha corrido que, en el conocido encuentro de Fidel con los intelectuales en junio de 1961, en la Biblioteca Nacional, el más memorable de nuestros dramaturgos, Virgilio Piñera, tomó la palabra para decir en medio de los encendidos debates de aquel encuentro: “Yo no entiendo mucho lo que están hablando. Yo sólo sé que tengo miedo”.

Real o no, exacta o inexacta respecto a su original, la frase se ha mantenido viva y ardiente a lo largo del tiempo y, ya en peores y más enrarecidas circunstancias históricas durante las décadas del 60 y 70, hace que Virgilio la ponga a flote en su intensa pieza dramática *Dos viejos pánicos* (Premio Casa de las Américas 1968) y en varios de sus más conmovedores poemas, en uno de los cuales llegó a afirmar que el “odio goteaba lento, cotidiano”, razón de más para sufrir hasta los tuétanos el miedo.

Pudiera parecer que he comenzado hablando del autor equivocado, pues mis primeras palabras no tienen como protagonista a su verdadero destinatario: el poeta y narrador artemiseño Alberto Rodríguez Tosca, eternamente vivo en su poesía, aunque haya cerrado los ojos para siempre en 2016, y no al diverso y fecundo Virgilio

Piñera, por muy enjundioso currículum que haya forjado este último.

Pero resulta que dos palabras ya mencionadas aquí: miedo y pánico (la primera más que la segunda, vaya qué alivio) toman por asalto ese libro, pobremente estudiado y nombrado *Las derrotas*, de Alberto Rodríguez Tosca precisamente, y me hacen sospechar, sin llegar al miedo y mucho menos al pánico, que Alberto es un honrado deudor de un hombre que vio juntarse cielo tierra y despertarse todos los demonios cuando supo que la nueva sociedad no guardaba para él, homosexual y rebelde declarado, la ansiada estabilidad que como creador deseaba y necesitaba, sino todo lo contrario.

A cierto personaje de una película argentina, cuando se vio en medio de una contienda bélica, el miedo le invalidó pies y respiración. No obstante, terminó realizando más de una hazaña, que lo llevó a ser reconocido y condecorado. Al preguntársele de dónde había sacado tanto valor, respondió sencillamente: “El valor lo saqué del miedo”.

Pero qué pasa cuando el miedo te invalida pies y respiración y no hay modo de que saques del fondo de ti el valor suficiente, el valor que te llevará a ser alabado, ensalzado, premiado, condecorado..., a ser las antípodas del antihéroe que campea en el poemario *Las derrotas*.

¿Qué pasa cuando, definitivamente, la épica no va contigo, el pelotón suicida no va contigo, la primera línea de combate no va contigo, una bala en la sien antes de caer en manos del enemigo no va contigo?

¿Qué pasa cuando solo eres un común mortal y, más que un común mortal, eres un derrotado, que es la manera

entre caldosas, chicharritas y otros inventos freíbles, que la casa nunca dejaba de estar alegre, que con una sola pierna hasta bicicleta llegó a montar, que el dolor parecía en retirada, avergonzado frente a las ganas enormes de vivir con que contaba el joven ex pelotero, devenido poeta intimista y cálido, sincero y cordial, dispuesto siempre a levantarse contra viento y marea, a imponerse esas Tareas de las que hablaba Carpentier en *El reino de este mundo* y le fueron muy caras a Rolando: *Quizás algún día pueda tocar las estrellas. Quizás algún día pueda tocar el sol, tal vez un náufrago pueda tocar el cielo, tal vez un piloto pueda acariciar el mar...*

No fue un verso escultórico el de este joven, no saltan en sus estrofas el símil y la metáfora, ni un verso blanco de traje impecable. No. Es llana su poesía, sin grandes “accidentes” estilísticos, ni grandes rebuscamientos. No era su fin; aunque, de haber contado con suficiente tiempo y preparación, no es de dudar que su discurso poético se hubiera cargado de un calibre más potente.

La vida no le alcanzó para saltar listones más complicados en el ámbito de la creación literaria. No obstante, el hecho de que un maestro de la talla de César Vallejo, tal vez el poeta más grande del siglo xx, asome su rostro conmovido en las imágenes de Rolando, deja ver las intenciones y las influencias de un bardo joven, abierto a lo más conmovedor de la lírica española: *Yo nací un día que Dios estuvo enfermo, casi muerto*.

Entre una angustia y otra angustia, era imposible que no estallara el amor, que no trajera sus naves, sus lágrimas, su sed, sus claras aguas, su sal... hasta la inspiración de este joven. Si algo respira frutal y húmedo en

béisbol, se armara de otros medios para tomar por asalto el diamante de la poesía, que, al parecer, carece de la “popularidad” del juego de las bolas y los strikes... pero solo en apariencia, porque la poesía la escriben y la sienten millones, aunque apenas unos cuantos la publiquen.

No sé si Rolando pensaba sacar algún día estos versos a la luz, o si escribía para ventilarse el alma y hacerse de nuevas fuerzas. Yo, que escribía versos cuando apenas superaba los veinte años, y pretendía con ellos también ventilarme el alma y hacerme de nuevas fuerzas, amaba como un loco esta verdad escrita por Pablo Neruda: “Escribí, escribí solo para no morirme”. Rolando también lo hacía por sí mismo. No me caben dudas. La poesía salva y, cuando no puede salvar, ayuda, al menos, a no morir de prisa.

¿Cómo hubieran sido los instantes más dolorosos de Rolando si la poesía, desgarrada y amable, descarnada y tibia, generosa y dura, no hubiera saltado a su corazón, y de su corazón al papel que abrigó su testimonio triste y, a la vez, esperanzado y sincero?

Cuando hablo de Rolando Morales, hablo de un joven fuerte, viril, enamorado del mundo, lo suficientemente impetuoso para enfrentar con el pecho una crisis y un final terribles; hablo de un joven deseoso de aprender, de imponerse metas que no son expeditas para los “espíritus agrietados”, sino para personas con un mejor estado de salud en sus regiones física y emocional.

Al irrumpir la poesía en la vida de Rolando, otro sentido comienza a tomar su existencia: sus padres cuentan que jugaba cartas, dominó, que sus amigos hacían estragos en los muebles de la sala, que el fogón nunca se apagaba,

de ser tres veces un común mortal, aunque no tengas el valor de así llamarte, como honrada y dramáticamente se llaman las criaturas (tal vez una sola hecha varias) del libro *Las derrotas*?

Un poeta puede ser un hombre perfectamente feliz. Un poeta puede ser también un hombre sin miedo. No tengo por qué ponerlo en duda. No tengo por qué poner en duda tampoco que sea y padezca todo lo contrario. Para un hombre que mira las esencias y excrecencias del hombre mismo, no ha de ser nada fácil intentar poetizar el mundo desde una mansedumbre y conformidad paradisíacas.

Alberto Rodríguez Tosca no lo hace. No quiere hacerlo, aunque en la medianoche, o al descarado mediodía, el miedo y más tarde el pánico, entren en escena e intenten atenazarle pluma, corazón, garganta... El miedo y la derrota no le servirán para huir, sino para escribirlos.

“Solo sé que tengo miedo”, dicen que dijo Virgilio Piñera. Nadie puede decir que alguien dijo que los personajes de Tosca también lo tienen. No. No lo puede decir, porque no son un rumor. Son un hecho real, oscuro e innegable grabado en el pecho de la página blanca, y a la postre, sobrecogida, a la cual deberíamos asomarnos todos los creadores en especial, porque en buena medida la historia va con nosotros en primer lugar, y no comienza en los salones de la Biblioteca Nacional, sino muchos siglos antes.

Faulkner aseguró una vez que Hemingway era un hombre que escribía con miedo, afirmación que Hemingway, curtido cazador de leones y submarinos nazis, y eterno retador de cualquier peligro, no asimiló de nin-

guna manera, convencido de que tan impensada declaración del “borracho sureño” no se correspondía con su imponente coraje de Dios de Bronce de la literatura norteamericana.

Viendo el asunto desde la feroz historia machista del hombre —seguramente entendida así por Hemingway— el miedo, el pánico, la derrota... son comensales que acaban por sentarse a la misma mesa y resultan igual de abominables.

Quizás más de un personaje faulkneriano nadaba en estas aguas; Hemingway hombre, no... Aunque quizás debiéramos preguntarnos mejor: ¿Hemingway hombre, no? A veces los miedosos y perdedores —Tosca nos lo recuerda— son más creíbles que sus opuestos.

En *Las derrotas* el miedo está ahí, saltando de verso en verso, y no siempre de modo discreto o en sordina, por las páginas de un libro “tan sincero que asusta”, tal como lo calificó ese poeta franco y magnífico nombrado Rafael Alcides. “A otros los felicitaron por sus victorias; a ti, por *Las derrotas*”, le señala sonriente (más bien con angustia sonriente) Alcides en el enjundioso prólogo a la edición del sello editorial Unión, en 2008, con portada vestida de un absoluto y ceremonial color negro, color emparentado casi siempre —para bien o para mal— con todo aquello que remita a lo tenebroso, lo sórdido... el miedo, precisamente.

Dividido en cuatro secciones, donde se nombra cada día de la semana en cada una de los poemas que las componen, remite a una suerte de círculo vicioso, de vueltas en redondo, como dentro de un recinto penitenciario o de un desconocido círculo de infierno. En *Las derrotas*

veces, su opinión sobre el encuentro, también le preguntaría a su madre y al ejército de amigos que metería en su apartamento de Pueblo Nuevo de Ceiba... y soñaría. Soñaría conectar el batazo grande, el batazo decisivo, el batazo que no dará este o aquel pelotero, soñaría despachar un “trueno” del Morocho Rodríguez o de Johan Santana; soñaría capturar los lanzamientos de un pitcher indescifrable para Venezuela y los de otros *pitchers* invencibles para el “asesino” Puerto Rico y el “monstruo” dominicano, soñaría estar en la victoria y, aun en la derrota... soñaría.

Pero Rolando, “un hombre que iba a ser grande en la pelota”, según sus entrenadores y amigos Alfredo Fumero y Mario Chala, ya no puede hacerlo. Soñó por última vez, ya sin pulmones, la madrugada del 21 de septiembre de 2003, cuando Dios, al fin, decidió enviarle lo que Ambrose Bierce, el cuentista norteamericano, llamaba “el último dolor”.

Junto a su cama de hospital quedaba la tristeza inconsolable de Mirta y Rolando, el dolor de muchos amigos y una esperanza tronchada de cuajo: la de Rolando Morales Crespo, un muchacho nacido para el béisbol, para atrapar lanzamientos detrás del *home play*; pero también para ser capaz de hallar un nuevo camino que no le permitiera rendirse ante el dolor y la muerte: la poesía.

A un ensayista extraordinario, Roberto González Echeverría y su best-seller *El orgullo de La Habana*, le debemos en buena parte (que no en toda, aclaro) haber tomado conciencia respecto a la poética infinita del béisbol, a su magnífica propuesta sociocultural.

Es explicable entonces que Rolando, una vez perdida las armas para tomar por asalto el diamante terreno de

El sueño no fue tan largo...pero fue

*Esta muerte que nos acompaña
de la mañana a la noche, insomne,
sorda como un viejo remordimiento
o un vicio absurdo.
(...)Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.
CESARE PAVESE*

A la hora en que empiezo a escribir estas palabras, la isla de Cuba, de un extremo a otro, está nerviosa, intranquila, rabiosa: su equipo de béisbol ha perdido de modo humillante ante Puerto Rico en el Primer Clásico Mundial de Béisbol y once millones de almas están pidiendo a gritos que, a partir de hoy, la novena del patio le ajuste cuentas a Venezuela, Dominicana, al propio Puerto Rico... y a la novena de Dios si estuviera compitiendo.

El primer encontronazo con Puerto Rico nada decidía; pero los del Borinquen, la tierra del Edén, decidieron marcar al equipo Cuba como si fuera una vaca: a sangre y fuego en el lomo, a palo limpio por todas partes, y el marcador final (12x2), más que abultado en la pizarra, parecía una hinchazón en el rostro de cada cubano.

Rolando Morales Crespo también estaría nervioso, intranquilo, rabioso... esta mañana de domingo, cuando el invierno es ya apenas una broma. Miraría avanzar las agujas del reloj, en camino al comienzo del partido Cuba-Venezuela, le preguntaría a su padre, cientos de

se asoma, alguna que otra vez, un zumo de piadoso amor hacia la madre, lúcida y directa mujer, o hacia los seres humanos, hacia esos mismos que, definitivamente, no serán parte de ninguna épica o monumento, sino materia absolutamente prescindible y olvidable... mal que nos pese.

Conocí a Alberto Rodríguez Tosca mucho antes de que se fuera a residir en Colombia y mucho después de publicar *Todas las jaurías del rey* (Premio David 1987), un libro tan memorable como cualquier libro antológico de la poesía cubana, solo que algunos críticos —como era de esperarse— no se han dado aún por enterados y, en su momento, casi lo dejan sin premio... ¿por puro miedo?

Fue en un encuentro de ocasión, vertiginoso, cuando lo conocí. Recuerdo bien que le comenté sobre la versión que para la radio había realizado del cuento *El poeta asesinado*, del francés Gilliaume Apollinaire, y el modo en que me había impresionado esa versión, al punto de creer que aquella monstruosidad estaba sucediendo en algún lugar de este mundo, pues había comenzado a escuchar la versión radial varios minutos después de comenzada su transmisión.

Alberto sonrió con esa flema aparente que lo caracterizaba. Definitivamente, todo poeta suele estar en peligro... y no solo en el relato de Apollinaire. Por eso si el miedo y la derrota irrumpen impetuosos en su pluma, razones de sobra tendrán para alimentar sus temores... y para terminar escribiendo ciertos libros como *Las derrotas*.

Caimito, Artemisa, 14 de noviembre de 2022

El sonriente Borges que nos acompaña

—Borges, usted es un genio.

—No crea, eso es una calumnia.

Así, con una velocidad relampagueante, respondió el gran escritor argentino Jorge Luis Borges a un elogio del periodista peruano Fernando Ampuero, aunque otras fuentes ubican la respuesta en otro año y contexto y ante otra persona. Sin embargo, lo cierto es que en la respuesta nuevamente asomaría esa vena que algunos le negaron poseer al autor de *Historia universal de la infamia*: la del humor.

Pero resulta que historias como esta y otras muchas desmienten la absoluta severidad que le achacaron al narrador y poeta argentino cuando en Cuba se le miraba con ojeras por ser “un escritor de derechas”, absoluto antiperonista y galardonado en el Chile de Augusto Pinochet, decisión que le cerraría para siempre el camino hacia un meritorio Premio Nobel de Literatura.

Si bien fue memorable la lúcida decisión del poeta y ensayista Roberto Fernández Retamar en cuanto a visitar a Borges en Buenos Aires y solicitarle autorización para publicar en la Isla una parte de su obra narrativa y poética en una antología (a la postre publicada bajo el nombre de *Páginas escogidas* y bienvenida por crítica y lectores), lo cierto es que fatales descalificaciones en intramuros lo tildaron de autor sobrevalorado, que no merecía tanta alharaca por su muerte, o de ser un escriba sin ningún sentido del humor.

II EL JUEGO NO SE TERMINA

*El béisbol no es vida. Es una ficción, una metáfora.
Y un jugador de béisbol es un hombre que acepta defender
esa metáfora como si hubiera vidas en juego.*
DAVID JAMES

sus antecesores. Nacía una generación hoy regada por medio planeta, con 60 años en la piel y quizás un poquito más en el corazón, ya no desencantada, sino desencantada en absoluto, sin que en su gran mayoría hubiera accedido a las grandes editoriales del planeta y, conscientes como Fran Kafka, de que la “literatura tiene el salario del Diablo”.

A raíz de darse a conocer el nombre de los 101 títulos elegidos, se informó también que un total de 550 originales se habían presentado a la convocatoria. No faltó entonces quien, ante el conocimiento de la noticia, asegurara con una sinceridad descorazonadora, pero atendible: “¡Dios mío, la gente de este país muriéndose de hambre, y mira cuántos se dedican a escribir en lugar de ponerse a buscar comida!”

Cosas veredes, Sancho, hubiera dicho Cervantes a través de Don Quijote. Pero la frase de Herman Hesse, además de contundente, es invencible. Queríamos nacer, con hambre o sin hambre... y nacimos. El resto de la historia no es tan importante.

Alejo Carpentier, hombre de indiscutible talento y erudicción, llegó a molestarse ante la afirmación de que Borges “aseguraba haber leído solamente una versión en inglés de *El Quijote*”, trampa en la que parece haber caído el autor de *El siglo de las luces*, pues uno de los más brillantes relatos borgianos, *Pierre Menard autor de El Quijote*, es un elevado homenaje al más brillante narrador de toda la lengua española. Incluso, en algún momento Borges llegó a confesar que la primera novela que había leído en su vida era *El Quijote*, cuando tenía seis o siete años.

“Si eso lo dice Dalí es un chiste; pero si lo dice Borges es un disparate, porque Dalí tiene sentido del humor, pero Borges no tiene ninguno”, aseveraba con palabras más o menos textuales el también insigne musicólogo cubano.

Pero resulta que Borges, contrariamente, nos ha ido revelando la antítesis de este criterio. Regresa de su muerte, una y otra vez, para hacernos reír, echar por tierra criterios prejuiciados en torno a su persona, que siempre lo acompañaron por no estar a la Izquierda de la mesa como Vallejo y Neruda, a quien, curiosamente, reconoció la estatura de su poesía política.

Y regresa y vuelve a iluminarse e iluminarnos, no a través de historias inventadas por fanáticos y detractores, sino por su propia voz, en entrevistas televisivas y radiales, desde viejas páginas de periódicos, que son verdaderas joyas, o desde la remembranza de quienes pudieron dar testimonio certero de sus andares y maestría verbal.

Aparece entonces sincero, cordial muchas veces, implacable, filosófico, esencial... y con un sentido del humor exquisito, como el demostrado en su encuentro con otro grande, el mexicano Juan Rulfo:

—Don Juan, dígame, cómo ha estado últimamente.

—¿Yo? Pues muriéndome, muriéndome por ahí.

—Entonces no le ha ido tan mal.

—¿Cómo así?

—Imagínese, don Juan, lo desdichados que seríamos si fuéramos inmortales.

Borges nunca se creyó infalible. De hecho, cuando lo consideraron uno de los grandes autores del siglo xx, respondió con la perla de que ese mérito era posible porque el xx había sido un siglo muy mediocre. Reconoció ser un hombre contradictorio y, como tal, lo reconocieron muchos. Fue implacable con varios de los más importantes escritores españoles de la centuria pasada, al punto de afirmar que creyó a Rafael Alberti un poeta de otro siglo y confesó no saber que el escritor Manuel Machado tenía un hermano poeta. ¡Nada más y nada menos que Antonio!

Ahí tal vez radica la razón para el origen de “la broma” que el jurado del Premio Cervantes de 1979 decidió gastar al argentino, al compartir, por única vez en la historia, la entrega de este galardón, en este caso con el poeta español Gerardo Diego. Pero cuentan (de esto no he hallado pruebas, sí de la larga amistad que lo unió a Gerardo) que ni así se detuvo el torrente de humor del genio ciego cuando el autor de *La luna en el desierto* se acercó a saludarlo:

—Maestro, cómo está usted.

—¿Quién tú eres? —le preguntó Borges.

—Maestro, soy yo, Gerardo.

—¿Qué Gerardo?

—Diego, maestro.

—Bueno, chico, por fin: ¿eres Diego o eres Gerardo?

Varias piezas teatrales y varios relatos había escrito, y algunos premios nacionales había ganado cuando supe que Ernest Hemingway, el Dios de Bronce de la literatura norteamericana, el hombre del llamado estilo brutal, también ganador del Premio Nobel, había escrito tres de sus mejores cuentos: “Los asesinos”, “Diez indios” y “Hoy es lunes” durante un solo día en España, consumiendo amablemente mariscos y exquisiteces de toda clase y licores de primera línea.

En su mansión en las afueras de La Habana, además de esplendentes platos y licores y una tranquilidad paradisiaca, también llegó a acompañarlo la actriz Ava Gardner, retozando completamente desnuda en la piscina del autor de *Adiós a las armas*. Si además de tantas maravillas culinarias, te acompaña en pelotas quien fuera llamada “el animal más bello del mundo”, no creo que la inspiración literaria pueda estar en algún lado donde sobren las carencias.

Cuentan (no puedo jurarlo porque no lo he leído) que cuando cierto periodista le preguntó a Ernest Hemingway si era bueno que un escritor pasara hambre y necesidades para escribir grandes obras, este respondió: “Pasar trabajo no es bueno para nadie”. Y aunque no lo leí —como ya dije— creo que pudo haberlo dicho perfectamente. En la medida en que voy envejeciendo, he descubierto —y otros seguramente lo habrán descubierto conmigo— que el hambre no sirve absolutamente para nada... ni siquiera para escribir buenas páginas. A otro perro con ese hueso macabro.

Así nacía mi generación literaria, con obras que, en verso o en prosa, renegaban del entusiasmo político de

militar y armamento suficiente para defender la hacienda en caso de algún ataque enemigo.

Cuando el dictador de turno decide entrar en acción y destruir el pintoresco prostíbulo con un puñado de soldados, estos son recibidos por una lluvia de balas y la impresionante noticia de que el general Ordóñez ha pedido ayuda militar a la Unión Soviética y esta se halla completamente dispuesta a enviar al Ejército Rojo si fuera preciso, porque, si bien las revoluciones latinoamericanas, como las del general Ordóñez y otras anteriores, eran unas aventuras absolutamente disparatadas, merecían todo el apoyo de las fuerzas revolucionarias del mundo.

A tal punto se complicaban las cosas, que el dictador de turno sospecha que Ordóñez pudiera contar con armas nucleares, suministradas por la URSS, para lanzarlas en caso de que su resistencia militar se hiciera insostenible.

No me fue nada mal con la novela, que al fin terminó recibiendo uno de los Premios del Concurso Razón de Ser, auspiciado por la Fundación Alejo Carpentier, uno de mis más admirados autores. Sin embargo, la entrada a las grandes editoriales españolas todavía está pendiente.

Recuerdo que mi madre, una mujer indócil y sorda como una tapia ante cualquier consejo coherente, decidió cocinar con leña dentro de la casa, a pesar de que contábamos con un amplio patio de tierra. La humareda irrespirable no era obstáculo para que yo, inspirado por la máxima de que “la buena vida solo sirve para escribir malas páginas”, escribiera como un poseso a escasos metros del fogón humeante.

No obstante el sinfín de risueñas y agrídulces anécdotas que, ciertas o falsas, manipuladas o no por el decir popular, lo habrán de acompañar siempre, Borges aseguraba: “Me he burlado de muchas cosas y siempre sin maldad. Yo soy muy ilógico. Lo que pasa es que la gente me toma demasiado en serio”.

Colgando del miedo humano

Sam dos Santos tiene la cabeza llena de drelos, lo que puede ser una especial tentación para los infantes de la gendarmería criolla, siempre al acecho de todos los hombres “de color extraño”, como asegura irónicamente Rubén Blades.

Pero ahora Sam dos Santos no va por la calle, ni pedalea un bicitaxi pueblerino sobre el cual se le ve sudar copiosamente. Ni tampoco afina los efectos especiales con que habrán de sonar las balas que cruce ferozmente el general Flor Crombet contra sus implacables perseguidores en uno de los capítulos del aclamado serial televisivo *Duaba: la odisea del honor*.

Sí. Sam dos Santos lleva drelos, maneja un bicitaxi y se encarga de los efectos especiales en diversas series televisivas y películas de intramuros. Pero a veces ni hace lo uno ni hace lo otro. En esos “a veces”, que no son cualquier momento, cuelga del exterior de los edificios habaneros, igual que en otras ciudades cuelgan los personajes del escritor Alberto Guerra Naranjo.

Sam no conoce a Alberto Guerra. Aunque desde hace poco tiempo sí quiere conocerlo. Le entró la taranta apenas supo que en uno de los cuentos de Alberto un cubano como él cuelga del exterior de un rascacielos y no sabe si las cuerdas de seguridad y otros artefactos que lo sostienen se quebrarán para enviarlo tristemente a la tierra y, de rebote, al cielo.

Sam también colgó de unas cuerdas a punto de partirse. Unas cuerdas a las que les dio por ser bromistas, y lo

Fuentes, pues de su novela *Gringo viejo* tomé el pretexto para intentar escribir la mía.

Escritor joven al fin y al cabo, soñador a tiempo completo, me veía de pronto terminando aquella novela y presentándola, con infinita suerte, a las más prestigiosas editoriales de España. De manera imparable me sumí en el empeño y fui publicando algunos capítulos terminados. Un escritor de muy mala vibra, conocido por su implacable manera de tratar a amigos y enemigos literarios, leyó un fragmento de *Caballo de Batalla*, publicado en la revista de arte y literatura *Habáname*, y telefoneó a mi casa para darme una opinión que acabó por echarle picante a mi ya disparado ego de posible gran continuador de los grandes autores latinoamericanos:

—Leí un fragmento de tu novela y de verdad que va a ser una obra grande, ¡muy grande!... y tú sabes que yo siempre he sido implacable con tirios y troyanos.

No exagero si les juro que, a lo largo de toda esa noche, apenas logré conciliar el sueño. Si les digo que me vi aterrizando un día en la sala de Estocolmo, colgado del brazo de los reyes suecos, como El Gabo y Octavio Paz, no exagero.

Para *Caballo de Batalla* había inventado como personaje principal a Pantaleón Ordoñez, un general de las tropas villistas del general Tomás Arroyo, uno de los protagonistas de la novela *Gringo viejo*, y lo había enviado de México al exilio en las afueras de una ciudad nombrada Santa Ovejilla de los Lamentos, donde fundaba un prostíbulo en medio de una descomunal hacienda, en el cual imperaba una suerte de sociedad socialista y las prostitutas contaban con diversos derechos, instrucción

A todos aquellos jóvenes nos restaba escribir y sobrevivir. Y eso hicimos. Pero nacía con nosotros una generación que no estaba interesada, como sus mayores de la Ciudad Letrada, en cantarle loas a ninguna bandera o estandarte político, mucho más cuando todos se habían venido abajo estrepitosamente.

Los nuevos autores más bien lanzaban piedras, aunque fuera envueltas en generoso celofán, contra los vistosos vitrales donde se anunciaba el modo de ser de ese Hombre Nuevo, salvador del mundo en manos del capitalismo selvático y agonizante, pero a la postre, para su desgracia, portador de una imagen caricaturesca de la condición humana.

Por entonces, además de unas energías indomables, nos asistía la creencia de que pasar hambre y necesidades de todo tipo le sentaba bien a la escritura, al punto de que un talentoso narrador de nuestra generación llegó a afirmar: “la buena vida solo sirve para escribir malas páginas”. De acuerdo a opiniones como esta, el buen whisky y los jugosos filetes vuelven amaneradas las letras del autor más memorable.

Nos vino muy bien pensar de ese modo, nos dio el aliento suficiente para escribir con hambre, no un día, sino muchos, para yo creer que podía fraguar una novela tan memorable como las escritas por los grandes autores de esta parte del mundo: Gallegos, Carpentier, Rulfo, Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Julio Cortázar...

De hecho, uno de aquellos días de absoluta orfandad en la despensa, me senté a escribir un proyecto de novela, *Caballo de Batalla*, que pretendía rendir homenaje a estos grandes maestros, en especial al mexicano Carlos

subían, y lo bajaban, y lo volvían a subir, y lo bajaban de nuevo... Y así hasta el infinito en ese juego macabro. Su compañero de faenas no tuvo aquel día la misma suerte.

El cuento de Alberto Guerra se llama *Picassos en el aire* y tiene lugar en... ¿dónde? No hace falta que me acuerde. Si al personaje de Alberto le quedaba debajo el susto inmenso de la ciudad de Montreal, Londres, Nueva York, Berlín, a Sam dos Santos le quedaba debajo toda La Habana. Si te caes de un edificio en Manhattan acabas hecho añicos en el suelo. Si te vienes abajo en uno de La Habana no quedas menos destrozado que cuando caes del de Manhattan.

De un tiempo a esta parte, Alberto Guerra parece que se inclina a ubicar sus cuentos más allá de las fronteras de Cuba: *Bos Taurus*, *Un simple ratón te envenena*, *Deliriums trenes*, *Vientos de Zaragoza* y *Picassos en el aire* —por apenas citar unos pocos textos de su autoría plantados en tierras lejanas— parecen tomarse un descanso de esa finca local donde anclan los andares literarios de la mayoría de nuestros autores, para irse a mirar la existencia humana —a fin de cuentas lo más significativo y riesgoso de este planeta sofocado al máximo— desde otro ángulo, desde el cual sea posible otra visión de la vida y del intenso peligro de perderla.

“Mientras más nacional seas, más universal serás”, gustaba decir Nicolás Guillén y repetir el humorista Carlos Ruiz de la Tejera. ¿Y si fuera al revés? ¿Y si el talento te alcanzara —y hasta te sobrara— para ubicar tus historias de autor cubano, residente en Cuba a tiempo completo, en una Argentina repleta de vacas en busca de justicia, en una Alemania de rancio abolengo racista, o en

una España indiferente hacia la suerte del emigrante, o en un exilio del Primer Mundo donde cuelgas de una pared externa, como pintor de brocha gorda, limpiador de cristales o reparador de cualquier entuerto, y solo unas pocas cuerdas de seguridad y un golpe de suerte separan tu vida de tu muerte?

Alberto G. puede hacerlo. Y de hecho lo hace, porque nadie puede ponerle grilletes ni fronteras a las historias humanas que arma un autor en su cabeza. Y, a fin de cuentas, uno se parece al mundo y el mundo se parece a uno.

Alberto, con sus historias, se va muy lejos de la Isla. Parece que últimamente lo aburre contar historias de la finca. O lo aturde. O le hace carecer de oxígeno creativo. O encuentra ya muy tóxicos los relatos sobre balseros, jinetas, homosexuales o sobre un país que se cae a trozos.

“Mientras más nacional seas, más universal serás”. ¿Y si sucede al revés?, vuelvo a preguntar. La literatura, como aseveraba el español Camilo José Cela en el prólogo de su novela *La colmena*, estrenada en Argentina, necesita también de nuevos aires.

Confieso sinceramente que, a última hora, recordé el nombre de Urbano Téllez, el personaje que cuelga de una altísima pared exterior, en trance de vida o muerte, en el cuento de Alberto Guerra. Un personaje que ha visto hacerse trizas a humanos procedentes de la parte más vulnerable del mundo, gente que, entre sus muchas pesadillas, en ocasiones sueña.

Como sueña Sam dos Santos que en un cercano futuro el jugar tantas veces con la muerte, el subir y bajar en unas cuerdas diabólicas, engañosamente seguras, no

y combatientes dispuestos a pelear hasta la última bala y, ya sin vida, seguir peleando con nuestros muertos gloriosos? ¡Cientos! Era inevitable que surgiera la Generación del Desencanto.

De hecho, un par de autores nacidos con la colección Pinos Nuevos, Enrique del Risco y Francisco García González, ponían una nota “discordante” con sus libros *Pérdida y recuperación de la inocencia* y *Juegos permitidos*, respectivamente, donde la uniformada historia de la Revolución Cubana caía en solfa al revelarse en nuevas y desalmidonadas visiones del proceso, a través de relatos como “Posépica”, donde del Risco disfruta el descaro de las apuestas monetarias en los estadios de béisbol, “un mal del capitalismo” que, según el discurso oficial, había sido desterrado para siempre de la gloriosa Isla.

García González fue más lejos con su relato “En La Aurora”, donde describe el apetito sexual incontrolable de un barbudo y pestilente capitán del triunfante Ejército Rebelde, quien llega a un pueblo del oriente del país, no con el ánimo de informar que la Revolución de Fidel Castro ha derrotado al tirano Batista y trae cambios sociales importantes, sino para alquilar los favores de alguna prostituta en el burdel del pueblo, donde el cantinfleo del capitán mezclado con el burlón retozo de la prostituta, acaban por regalarle al lector una historia de refinado sabor anti heroico.

Ni el relato escrito por Enrique del Risco ni el escrito por Francisco García González hubieran sido vistos con buenos ojos en la Cuba de las primeras tres décadas posteriores a 1959. Un precio bien caro habría pagado este par de autores por semejantes “chistes”.

queness, el Consejo de Ayuda Mutua Económica... y todo lo que le colgaba y parecía invencible y antesala del triunfo internacional del comunismo, con cortejo fúnebre del capitalismo incluido.

En la Isla, deambulando como zombie por las praderas de la improvisación económica y la resistencia política, el concepto del Hombre Nuevo, creado y defendido con absoluto entusiasmo por el guerrillero argentino Ernesto Che Guevara, quedaba pospuesto hasta nuevo aviso.

Sin ningún tipo de alimento a mano, ni caro ni barato, sin un pedazo de pan viejo o un simple refresco para aliviar la sed, solo con un café mañanero en el estómago, recuerdo haber esperado por la presentación de mi pieza teatral *Laberinto de lobos* (una historia de prostitución y bajo mundo) y, luego de la presentación sobre las seis de la tarde, haber emprendido un kilométrico regreso a casa, que de puro milagro no acabó en un desmayo antes de cruzar el umbral de mi puerta más allá de la medianoche.

Para la gran mayoría de cubanos residentes en intramuros, la vida se había convertido en un calvario: precios estratosféricos de los pocos alimentos que podían encontrarse, calderos absolutamente vacíos, apagones diarios de más de 15 horas, cero calzado, cero ropas, cero mercado agropecuario, cero transporte público, cero jabones, cero desodorantes, cero cuchillas de afeitar, cero pasta de dientes, cero hojas para escribir, solo cuartillas amarillentas rescatadas del fondo de cualquier closet o de alguna librería de barrio... Ceros, ceros y más ceros.

¿Y los discursos políticos llamando a la resistencia para enfrentar al enemigo imperialista, que no podrá doblegarnos de hambre, porque somos una tierra de héroes

será demasiado sacrificio porque aspiras a que tu hermano menor, un talento del bel canto carente de recursos económicos, llegue algún día a ser un tenor lírico spinto muy famoso.

Sucede en más de una ocasión que nuestras historias se parecen demasiado a otras historias, al parecer, lejanas en un mapa de geografía. Alberto Guerra lo sabe demasiado bien... y ni siquiera sabía que mi amigo Sam Dos Santos, como Urbano Téllez en Nueva York, Montreal, Berlín o Konakry, se mecía en lo alto del miedo mientras una ciudad imponente le quedaba mortalmente debajo.

El mundo que una vez rompimos

El que quiere nacer tiene que romper un mundo.
HERMAN HESSE

No hacía tanto calor como tanta hambre el día 30 de junio de 1993 en los amplios salones del Pabellón Cuba, en La Habana, donde un centenar de jóvenes escritores de toda la nación esperábamos impacientes por la presentación de los primeros libros de nuestra autoría.

En verdad eran 101 los títulos a presentar, publicados gracias al financiamiento generoso de un grupo de amigos argentinos amantes de la literatura, a los cuales conocimos fugazmente aquella jornada y de los cuales, por desgracia, apenas conservo una tímida imagen en mi memoria.

No obstante, al cumplirse ya 30 años justos de aquella presentación, sigo agradeciendo a estos argentinos su magnífico desprendimiento, el cual trajo como consecuencia el nacimiento en Cuba de la llamada Generación de los 90 (o Generación del Desencanto) a través de la colección Pinos Nuevos.

Admito no recordar las caras ni las profesiones de aquellos generosos seres que hablaron en la presentación de los 101 títulos. Pero sí recuerdo al de verbo más caudaloso, quien reveló que los argentinos pueden perdonar la falta de cualquier cosa en una casa, menos de

libros, y que ese pensamiento puede ser un tanto pequeñoburgués.

Tendría que preguntarle a otro argentino —y tal vez a varios— qué quiso decir realmente su compatriota respecto a esta creencia “pequeñoburguesa”... tan argentina, porque yo, sinceramente hablando, no sabría qué afirmar al respecto, sobre todo porque comparto con Borges el mismo entusiasmo respecto a que el Paraíso pueda tener la forma de una biblioteca.

Pero lo real es que, errado o no en su criterio, una generación entera de escritores cubanos no dejará de estarles agradecidos siempre, pues si 101 títulos financiaron en la primera edición de Pinos Nuevos, otros 100 financiaron en la segunda. Olvidar este gesto sería un acto sencillamente miserable, como también lo sería olvidar la notable cifra de escritores, pintores, editores y diseñadores cubanos que, a cambio de ninguna remuneración, aportaron su talento en la conformación de este recién nacido sello editorial, con el ánimo de que, en medio de la más absoluta orfandad económica, no se perdiera una generación entera de autores y autoras.

Sobraba el hambre dentro del Pabellón Cuba... y afuera hacía mucho más. El llamado Período Especial (crisis económica absoluta, bautizada con un nombre más encubridor y magnánimo) mandaba a sus anchas. La Unión Soviética, principal socio económico de la Isla, y los países socialistas del oriente y centro europeo se habían ido por el tragante de la Historia, con su invencible KGB, el poderoso PCUS, los paraguas búlgaros envenenados, la atemorizante Stasi, las rígidas estatuas metálicas y mármoreas de Marx y Lenin, los ortopédicos Planes Quin-